

EL DOMINIO IDEOLÓGICO CAPITALISTA SOBRE LAS MASAS Y LA CRISIS DE LA IZQUIERDA

(1980-1981)¹

«Puede resultar banal que viejos partidos de países cultos y adelantados (o que se creen tales) con arraigo en las masas populares se dirijan a los trabajadores para persuadirles de que sin un gran esfuerzo de autoeducación será imposible contrarrestar el deterioro de las relaciones socioculturales y el irremediable descenso hacia la incultura y el embrutecimiento. Es preciso convencerles de que sin un esfuerzo constante de toma de conciencia -que es imposible sin un esfuerzo persistente de lectura- es imposible establecer una sociedad que proporcione medios materiales (mercancías) y servicios indispensables para la mejor calidad de vida, formación cultural para disfrutarlos de modo consciente y seguridad frente a todos los azares de la existencia.»

Eloy Terrón Abad

El capitalismo avanzado como causa de la crisis²

Centralización empresarial, fragmentación mercantil de las masas y bloqueo de su “conciencia espontánea” por los medios de “comunicación de masas”

Tan sólo se constata un hecho cuando se afirma que los partidos de la izquierda de los países del capitalismo avanzado o, mejor dicho, supermaduro, se enfrentan con graves dificultades desde el principio de la Guerra Fría al comienzo de la década de los años cincuenta. La Guerra Fría trajo consigo, para esos partidos, la ruptura de su colaboración con la burguesía, nacida de la lucha contra el nazi-fascismo. Era lógico que terminada la guerra y una vez superados los años más difíciles de la posguerra la burguesía capitalista reiniciara la lucha en todos los planos contra los partidos comunistas, como destacamentos avanzados de la clase obrera, en general, y contra la URSS, en especial. Pero la reanudación de esa lucha vino a coincidir de forma inesperada con el periodo probablemente más espectacular del auge del capitalismo, como consecuencia de las destrucciones de la Segunda Guerra Mundial y de otros factores.

Ese período de auge de la economía capitalista fue aprovechado con inteligencia por el imperialismo norteamericano y por los países dependientes del mismo para intentar arruinar o al menos retrasar el desarrollo económico de las naciones socialistas y de democracia popular³ y para fascinar y regimentar

¹ Mecanoescrito; redacción, de 1980 y revisión y notas del autor, de 1981. Revisión, glosas y edición de Rafael Jerez Mir. (*N. del ed.*).

² En sustitución del epígrafe original, *La crisis de los partidos comunistas*, al revisar el texto. (*N. del ed.*).

³ Con la Guerra Fría y la búsqueda de nuevas armas, el capitalismo yankee se propuso obligar a los países socialistas a dedicar una parte importante de sus recursos a reforzar sus defensas frente a los países imperialistas y, en consecuencia, a reducir el nivel de vida de sus poblaciones. Para Estados Unidos, por el contrario, la investigación y desarrollo de nuevas armas constituyó una fuente insuperable de beneficios: podían producir “cañones y mantequilla”, en tanto que las naciones socialistas, al partir de unos niveles mucho más bajos, tenían que producir “cañones o mantequilla”.

a las masas trabajadoras de los países capitalistas. Con el señuelo de las “sociedades opulentas” (*affluent society*), las “nuevas fronteras”, las “nuevas sociedades”, etc., se llevó a las masas trabajadoras (que son la mayoría de la población en los países capitalistas avanzados) a la convicción de que -paradójicamente- iba a ser el capitalismo y no el socialismo el que habría de traerles la abundancia y la felicidad. Aunque ¿quién se acuerda hoy de los “prometedores” años del Presidente Kennedy?

Coincidiendo con la Guerra Fría y con el auge del capitalismo de las décadas de los cincuenta, sesenta y parte de los setenta, y sin duda como uno de sus elementos motrices, se produjo el fabuloso desarrollo de los medios audiovisuales de “comunicación de masas”, que hizo posible un acercamiento a las conciencias de las gentes como jamás pudieron soñarlo Hitler y Goebbels, por citar a dos autoridades cimeras en la manipulación de las conciencias. El perfeccionamiento técnico y la proliferación de los centros de emisión, y la increíble miniaturización y el abaratamiento de los elementos de recepción (los receptores de televisión se pusieron al alcance de todas las familias y los de radio -los transistores- al alcance de todos los individuos) fueron dos manifestaciones capitales de ese extraordinario desarrollo. Con ello, se dieron las condiciones básicas para una fragmentación de la audiencia, reforzada primero por la creciente fragmentación del mercado, después por la “personalización de los mensajes”, con posterioridad por la individualización y por último por la atomización, para acabar así en el aislamiento completo del individuo, que es el objetivo que ambiciona el capitalismo.

La fragmentación de la audiencia y del mercado y el aislamiento de los individuos constituyen el máximo logro de los medios de comunicación, en sus propósitos de modelar, dominar y manipular las conciencias y de configurar las respuestas de los individuos, sus intereses, sus esperanzas y sus miedos. Por otra parte, esa individualización de los gustos, las esperanzas y sobre todo de los intereses -ese aislamiento de los individuos (resulta difícil llamarlos personas)- está barrenando, disgregando y desorganizando partidos, sindicatos, asociaciones profesionales y, en general, todo tipo de organización de ámbito general capaz de ejercer alguna forma de presión eficaz.⁴ Resulta sorprendente constatar cómo se disgregan y atomizan las organizaciones populares y cómo se potencian y refuerzan las organizaciones compulsivas: empresas, ejércitos, estados, etc. Condicionadas así las masas por los medios de comunicación, los individuos andan desolados en busca de su identidad y de iguales con los que formar minúsculos grupos efímeros y menos que grupos de individuos superficialmente afines, cada uno de los cuales pretende modelar a sus miembros en todas sus manifestaciones humanas, desde las creencias religiosas a la dieta pasando por la política.

¿Qué ha hecho la izquierda -qué han hecho los partidos comunistas- ante esa irresistible tendencia trituradora y atomizadora?⁵ Embarcarse a su vez

⁴ Después de haber escrito esto apareció en castellano {Plaza-Janés, 1981} el libro del norteamericano Alvin Toffler, *La tercera ola* {1980}, en el que se sobreestiman hasta el delirio esos aspectos negativos.

⁵ En mecanoescrito, tachado y sustituido por el resto del párrafo, manuscrito, la primera redacción del mismo:

«Fragmentarse en minúsculos grupos y, en consecuencia, formular y definir con rigor dogmático sus programas políticos, sus verdaderos credos, a fin de diferenciarse unos de otros. En ese sentido, desde la muerte de Franco, han surgido en nuestro país cientos de partidos la mayoría de los cuales subsisten,

en esa misma corriente fragmentadora al buscar la superación de los partidos existentes siguiendo una de estas dos vías: el intento de reconstruir los partidos que tuvieron éxito en el pasado (caso, en nuestro país, por ejemplo, de los varios esfuerzos por reconstruir el glorioso partido de José Díaz); o creando partidos nuevos en los que predominan las denominaciones de “unificado”, “revolucionario”, “comunista”, etc., con magníficos programas y la prevalencia en unos de la pureza ideológica y de la disciplina de hierro y el dominio en otros de mezclas bien relacionadas y dosificadas de elementos tomados de aquellos partidos que han tenido éxito, como el maoísmo, el castrismo, el guevarismo (del Che), etc., etc. La izquierda ha aceptado el juego que le han propuesto los grandes monopolios capitalistas: embellecer las doctrinas ideológicas para hacerlas atractivas a la clientela del mismo modo que los capitalistas acicalan las mercancías envolviéndolas en papeles celofanes vistosos y de fino colorido; y las directivas de los diversos partidos se han comportado en este sentido como los más sofisticados gabinetes de *marketing*, aunque sin publicidad. Pues, lamentablemente, todos los brillantes esfuerzos teóricos de esos grupos aparecen sepultados en pobres hojas, con frecuencia multicopiadas, mientras las masas a quienes van dirigidos permanecen totalmente ignorantes y desconocedores de esos magníficos frutos, al no serles accesibles por los cauces ni por el lenguaje que se utilizan.

Hay que prestar atención a la sospechosa (y -en lenguaje “bien pensante”- *providencial* y no sólo sospechosa) contradicción que está presente y actúa en las sociedades capitalistas avanzadas. A saber: la contradicción entre los efectos intensivamente fragmentadores y crecientemente particularizadores y casi individualizadores de los gustos, sentimientos, preferencias y esperanzas de las masas, de un lado, y las consecuencias centralizadoras, expansionistas y omniabarcadoras de las empresas productoras de bienes y servicios, del otro.

Es fascinante que la tecnología de las comunicaciones y del manejo de la información haga posible y viable y eficaz la dirección y el control de empresas cada día más grandes y poderosas: esas empresas capaces de producir y de comercializar tanto series inmensas de artículos como series pequeñas aunque muy numerosas para agregados humanos constituidos por pocos individuos. Además, esa misma tecnología opera como disgregadora de los gustos y preferencias de las masas, atomizándolos. Pero, curiosamente, sólo es capaz de satisfacer esas exigencias y necesidades de las masas de población, tanto a nivel material como a nivel espiritual, si goza de las ventajas de la producción a gran escala -esto es, si la producción está en manos de genuinos monopolios y por completo fuera del alcance de cualquier intento de control por parte de las masas consumidoras-. Constituyendo o formando pequeños grupos -algunos, innumerables, debido al hecho de que la población crece- las masas buscan diferenciarse, definirse y encontrarse a sí mismas

empeñados en conquistar una porción del electorado e incluso llegando a soñar, en sus mejores momentos, con la hegemonía sobre su clase y sobre el país. En sus reuniones, conferencias y congresos hablan de que hoy hay que derrochar mucha imaginación para presentar sus programas de modo convincente, sorprendente y atractivo para las masas. Se esfuerzan por edulcorar su proyecto ideológico político para fascinar y cautivar a la masas, como si aquél fuera un producto comercial y ellos, sendos gabinetes de *marketing*.» (N. del ed.).

gracias a los artículos que les ofrecen las grandes industrias de la cultura, los grandes almacenes, los gigantes de la prensa, de la televisión, de la radio, etc.

Arrastrado por la lógica de las cosas, el investigador se ve obligado a preguntarse si esas tendencias disgregadoras, particularizadoras, atomizadoras y aisladoras de las masas surgen del interior de la conciencia -esto es, son espontáneas- o les son inculcadas desde el exterior. Aunque el condicionamiento de las mismas desde el exterior es tan evidente que bastaría para confirmarlo un ejemplo esclarecedor. A saber, el del Partido Comunista de España que, siendo un colectivo bastante numeroso, no es capaz de sostener un medio de comunicación propio -un periódico obrero- apto para satisfacer las exigencias mínimas de información de sus militantes. Y, si esto es así, ¿de qué independencia pueden gozar y qué efectos pueden ejercer, entonces, los pequeños grupos partidistas?

Condicionados por esos y otros factores, los partidos comunistas han estado perdiendo influencia sobre las masas trabajadoras desde los años de la Guerra Fría y -pese a los groseros errores en que han incurrido los partidos y los grupos capitalistas reaccionarios- no han sido aún capaces de contrarrestar su decadencia, al no haber sabido tomar conciencia de algo tan evidente y significativo como el hecho de que los gustos, esperanzas, temores e intereses de las masas trabajadoras son configurados por los medios de comunicación capitalistas. Los partidos comunistas no se han dado cuenta de que hoy no es posible una “conciencia espontánea de clase” en las clases trabajadoras por dos razones básicas: por el enorme crecimiento de la tecnología ahorradora de mano de obra, que lleva a muchos técnicos y científicos a pensar que la gran mayoría de los “beneficios” son producidos por las máquinas (a la tesis -fraudulenta- de que las máquinas producen plusvalía); y por la incontenible potencia manipuladora de los medios de comunicación de masas y de su único mediador y “profeta”, la publicidad comercial, que alcanza a todos, absolutamente a todos, con su mano enérgica y suave, fascinante.

Por lo demás, esa situación y el poder de tales factores pueden comprenderse mejor si se echa una mirada a nuestro próximo pasado -a la movilización de la clase obrera para la Guerra Civil-, a fin de compararla con la situación actual.⁶

La condición de la clase obrera antes de 1936 y su movilización para la Guerra Civil⁷

Dejando aparte la Revolución de Octubre, hay dos acontecimientos históricos que fascinan con fuerza especial a los dirigentes de los grupos izquierdistas a la hora de configurar en el plano del pensamiento el “partido comunista ideal” que polarice y atraiga como un imán la voluntad de las masas para hacer la revolución e implantar el socialismo: la actuación de los comunistas en la

⁶ Hay que recordar que la clase obrera española de 1936 no estaba manipulada por los medios de comunicación de masas más persuasivos (la televisión, la radio, el cine, las revistas *magazines*, etc.) ni sus intereses configurados por las conveniencias de las grandes empresas. En aquel momento los medios para influir sobre las masas eran el púlpito, para las masas campesinas, y la prensa, para la clase media y la pequeña burguesía; pero los obreros contaban con periódicos propios, varios diarios nacionales (*Solidaridad Obrera*, *El Socialista*, *Mundo Obrero*, *CNT*, etc.) y numerosos semanarios y revistas.

⁷ En sustitución del epígrafe original, *La movilización de la clase obrera en 1936*, al revisar el texto. (N. del ed.).

Guerra Civil y la resistencia europea contra el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial.

Contraste con la situación de la clase obrera antes de 1936: su fragmentación objetiva, contrarrestada por su autonomía social y político-ideológica

Probablemente, la movilización de la clase obrera española contra el golpe militar fascista constituya el ejemplo más preclaro de insurrección popular de los tiempos modernos, por su unanimidad y su espontaneidad. Pero, por lo mismo y a fin de entender las condiciones de vida y la situación actuales de nuestra clase trabajadora, nada puede resultar más esclarecedor e ilustrativo que el análisis previo de la condición moral e intelectual de la clase trabajadora anterior a 1936, por breve que sea.⁸

En nuestro país antes de la Guerra Civil, por de pronto, no ya la masa de campesinos sino incluso la masa obrera de las ciudades y zonas industriales estaba al margen de la influencia ideológica de la clase dominante: esto es, de la Iglesia (como organismo especializado en el manejo de las conciencias),⁹ de la aristocracia latifundista y financiera e incluso de la clase media profesional y del estrato social intelectual. Para comprobarlo, basta ver las estadísticas de la prensa y otras publicaciones que leían los obreros; había pueblos semiindustriales en los que no entraba más prensa que la anarcosindicalista y las publicaciones anarquistas, y en otros, la socialista; el cine estaba en sus comienzos, lo mismo que la radio (recuérdense las dificultades que existían para escuchar una radio al comienzo de nuestra Guerra Civil). Y tampoco había abundancia de mercancías: la clase obrera sólo consumía artículos de primera necesidad; y nuestros trabajadores estaban muy lejos de soñar siquiera con los electrodomésticos, los transistores, los casetes, la extensa gama de los aparatos de fotografía y, mucho menos, con el rey de los bienes más deseados, el coche. Es más, uno de los factores que más contribuyó al estallido de la Guerra Civil fue, precisamente, la desconexión existente entre las dos clases más decididas del país: la clase feudal-agraria y la clase obrera, formada por dos grandes bloques, los obreros agrícolas y los obreros industriales o semiindustriales.

La facilidad con que se movilizó la clase obrera contra el alzamiento militar resulta sorprendente; la clase obrera se lanzó, con decisión, a la lucha. Los obreros sabían que el pronunciamiento militar iba contra ellos; y, por saberlo, entraron en la lucha con lo que tenían más a mano, sin esperar consignas de ninguna clase ni a que el Gobierno o las organizaciones obreras les entregaran armas. Fueron a la lucha con el corazón oprimido, pero sin vacilar. Para los obreros, el 18 de julio de 1936 no fue una fiesta, como sucedió en cambio en algunas comarcas de campesinos aislados y, por ello, dominados por la organización con más experiencia en la manipulación de las conciencias, la Iglesia católica. Resulta doloroso y abrumador comprobar de qué regiones

⁸ El párrafo anterior y este otro, incluidos al revisar el texto original en sustitución del siguiente: «Muchas personas mayores y muchos jóvenes que han leído, apresuradamente, algún manual revolucionario de antes de la Segunda Guerra Mundial o tercermundista no se han parado a pensar en el tremendo cambio verificado en los países capitalistas del Occidente europeo.» (N. del ed.).

⁹ En este sentido, es esclarecedor el libro del P. Sarabia, *¿Es España católica?*, escrito, según él, poco antes del golpe militar fascista.

del país nutrió con preferencia sus filas el ejército franquista: Galicia, Región Castellano-Leonesa, Navarra (donde, en muchas comarcas, el 18 de julio sí fue una fiesta) y algunas zonas montañosas de Andalucía y Aragón; esto es, precisamente las regiones agrícolas mejor dominadas por la Iglesia y en las que todavía es muy fuerte su influencia, como lo demuestran los votos recogidos por Alianza Popular en las últimas elecciones generales {1979}.

La clase obrera anterior a la Guerra Civil se caracterizaba por unos rasgos socioculturales muy distintos de los de la clase obrera actual. Por una parte, aquella clase obrera parece que tendría que estar más dividida o, mejor dicho, más falta de unidad: por un lado, estaban los obreros agrícolas de la mitad Sur del país; por otro, los de los núcleos industriales primarios (las industrias extractivas de Asturias, montañas de León y del País Vasco o Euskadi); aun de otro, los de los núcleos textiles de los alrededores de Barcelona, junto con algunas industrias transformadoras, y los obreros de Madrid y otras ciudades; y, por último, los obreros de las pequeñas industrias y negocios de todas las ciudades. Un proletariado así incita, sin duda, a considerarlo, falto de unidad y de auténtica solidaridad y carente de una ideología consciente (de lo que parece dar testimonio el gran predominio del anarquismo). Pero esos factores objetivos que llevaban a la fragmentación de la clase obrera eran contrarrestados con facilidad por la escasa concurrencia de cara al proselitismo ideológico sobre la clase obrera.

De hecho, la lucha por el dominio ideológico se reducía a la rivalidad entre el anarquismo idealista y pequeño-burgués y el socialismo ligeramente coloreado de rojo; y los torpes intentos para infiltrar unos sindicatos amarillos, bajo el patrocinio de la Iglesia, estaban por completo condenados al fracaso. Aunque la clase trabajadora sufría una intensa atomización, en lo ideológico era un campo abonado para la difusión de las ideologías utópicas pequeño burguesas y en menor grado para el marxismo.¹⁰ Aunque, dado el bajísimo nivel cultural del país en general y de la clase obrera -de inmediata procedencia campesina- en particular (no se olvide que el número de analfabetos era muy grande), no es de extrañar la buena acogida que se dispensó al utopismo anarquista pequeño burgués.

Para concretar, se puede afirmar que, antes de la Guerra Civil, la clase obrera española se caracterizaba por los rasgos siguientes:

- 1) Estaba completamente al margen de la influencia ideológica de la clase dominante y era, por lo mismo, casi inmune a la manipulación religioso-política de la Iglesia;

¹⁰ Debido al atraso económico del país, a lo rudimentario del equipo técnico de las industrias y de la agricultura, la explotación de los trabajadores era tan directa, evidente, ruda y penosa que sublevaba incluso al obrero más adocenado, dando nacimiento a una conciencia espontánea de rebeldía y de protesta, a la verdadera “conciencia espontánea de clase”. Además, esa explotación directa y abierta, que no era enmascarada por un complejo equipo técnico por trabajador (que le hiciera creer que eran las máquinas las que trabajaban y las que producían), tampoco era contrarrestada por ningún tipo de propaganda o publicidad masiva, dirigida a ofuscar la comprensión de la realidad por los trabajadores. La conciencia espontánea de la explotación alertaba y sensibilizaba a los trabajadores para recibir y asimilar toda propaganda orientada a descubrir y a esclarecer la condición de explotado.

- 2) No estaba sometida a la influencia de los canales de información de la clase dominante: la prensa católico-burguesa, la radio, que daba entonces sus primeros pasos, el cine, ni sobre todo el púlpito;
- 3) Las ideologías dominantes eran el anarquismo y el socialismo muy escorado hacia la socialdemocracia;
- 4) Al ser muy baja la producción de mercancías y al proceder los principales bienes de lujo de la importación de los países industriales, el consumo de la clase trabajadora se limitaba a los artículos de primera necesidad (no existía la venta de viviendas ni la venta a plazos de coches, electrodomésticos -televisores, transistores, etc.-);
- 5) Al no existir el consumo como mecanismo de integración de la clase obrera en el “orden establecido”, no existía publicidad comercial ni los cauces indispensables para ella y toda la parafernalia que la acompaña;
- 6) Como consecuencia, la clase trabajadora carecía de cualquier tipo de conexiones de interés con el orden establecido, por lo que estaba libre de toda atadura con “la sociedad”, a la que veía personificada en el poder -en el Estado, en las fuerzas de represión- y, por lo mismo, como enemiga.

Esas condiciones de existencia de la clase trabajadora facilitaban enormemente la actividad política de las organizaciones de izquierda: el partido socialista y el partido y el movimiento anarcosindicalista o movimiento libertario, principalmente. Y en tales condiciones y en dura competencia con los partidos preexistentes inició su existencia el Partido Comunista Español poco antes de la Dictadura de Primo de Rivera; un partido, destinado a convertirse en el partido característico que se proponía la transformación profunda de la sociedad.

Desde luego, el movimiento libertario también propugnaba la transformación profunda de la sociedad y, de hecho, durante la Guerra Civil hizo su ensayo particular en algunas zonas de Aragón y de Cataluña. Pero, aunque los proyectos libertarios se ensayaron, principalmente sobre una base de producción agrícola, carecían de todo fundamento teórico y, por lo mismo, estaban condenados al fracaso. No obstante, esos ensayos -que simbolizaban la abnegación y la tremenda capacidad de sacrificio de la clase obrera agrícola y semiindustrial- testimonian el elevado grado de conciencia de clase de los trabajadores agrícolas e industriales de la España de la preguerra; conciencia de clase cuya fuerza y claridad han quedado bien demostradas en la acogida que han dispensando los trabajadores de las zonas antes influenciadas el movimiento libertario en exclusiva a la propaganda comunista del Partido Comunista que ha conseguido precisamente en ellas un fuerte arraigo, como lo han demostrado las elecciones generales recientes {1979}.

En esta fase de desarrollo de la argumentación, el razonamiento se ve impelido por la lógica de las cosas a concluir que los cambios recientes que han ocurrido en nuestro país han fortalecido a la burguesía industrial, aunque se haya destruido a la vieja clase dominante, latifundista y financiera de la última etapa de la Monarquía y de los años de la República y debilitado a sus instituciones auxiliares de apoyo: el Ejército, la Iglesia, la judicatura y demás.

En cuanto a la clase obrera, ha crecido, es cierto, una enormidad hasta convertirse en la clase competitiva y rival de la burguesía industrial; ha mejorado mucho socioculturalmente; ha sido fuertemente concentrada en grandes empresas, lo que contribuye a elevar su sentimiento de solidaridad y su unidad; y ha mejorado notablemente sus condiciones de vida; pero todas esas ventajas han sido conseguidas a un precio bastante alto, constituido por los aspectos negativos de las mismas.

Configuración capitalista de los gustos, sentimientos y esperanzas de las masas trabajadoras

Abaratamiento del trabajo asalariado y potenciación de la “inquietud adquisitiva” (fragmentando a los trabajadores y encadenándolos a las mercancías, con la publicidad y la “venta a plazos”) mediante la innovación técnica

Por de pronto, hay que señalar la enorme ampliación de la clase de los trabajadores, debido a factores diversos, como el desarrollo industrial (que ha creado miles y miles de puestos de trabajo), el crecimiento de los servicios (estimulados por el turismo) y el asalaramiento de la mayoría de los profesionales, que vieron aumentar los puestos de trabajo bajo el impacto del avance tecnológico y la mejora de los servicios (como medicina, enseñanza, servicios de marketing, informática, publicaciones, expansión de los medios de comunicación por la publicidad comercial, industrias del ocio, etc.). Pero ese crecimiento de los trabajadores asalariados -en paralelo, por cierto, a la expansión de los medios de comunicación- no significó la unificación consciente de la clase trabajadora, como parecía lógico, sino que originó un nuevo fraccionamiento de la misma en diversos estratos, fomentado y reforzado por la diversidad de los ingresos y las experiencias culturales y por el fraccionamiento del mercado. Pues, como es bien sabido, en los países industriales más avanzados se ha fomentado de modo intenso el fraccionamiento del mercado; esto es, la creación por la industria de mercancías a propósito, diseñadas expresamente para cada grupo o estrato social que se diferencia por alguna peculiaridad, por mínima que sea.¹¹

Las ventajas de ese fraccionamiento de la clase trabajadora para facilitar el dominio de la clase empresarial sobre ella son evidentes: el fraccionamiento de la clase acentúa el aislamiento y la incomunicación lateral u horizontal, y con mayor eficacia en la medida en que los individuos de cada fracción o estrato están vinculados de modo unilateral por los medios de comunicación con los creadores y manipuladores de la información.

En segundo lugar, el crecimiento de la industria y los servicios -que provoca el de la clase obrera- genera mercancías y servicios que tienen que ser consumidos y utilizados por la propia clase trabajadora. De modo que los trabajadores, que en un principio sólo consumían artículos de primera

¹¹ La industria y el comercio capitalistas comenzaron por producir artículos para grupos étnicos y religiosos, para grandes fracciones de clase y, en general, para cualquier agregado social que manifestase algún signo de diferenciación. En la tendencia antimasiva, resulta fácil estimular la adquisición de artículos que refuercen la diferenciación con respecto a otros grupos y la identificación de los miembros del agregado social entre sí; en fin de cuentas, se trata de esa búsqueda de identidad tan cantada que parece haberse convertido en la motivación dominante de la conducta de muchas gentes.

necesidad (alimentos, ropas, vivienda y poco más), fueron poco a poco sintiéndose inclinados a adquirir mercancías que superaban las necesidades más apremiantes, como transistores, electrodomésticos, mejores ropas y viviendas y aun segundas viviendas, etc.

La adquisición del televisor (que en muchas familias antecedió a la de la lavadora, la nevera, el aspirador y otros aparatos similares que contribuyen realmente a mejorar las condiciones de vida) representó un salto cualitativo. Desde el punto de vista del capitalista en su conjunto significó un éxito formidable: por una parte constituyó una *intromisión* bien recibida en la vida no ya sólo del trabajador sino de toda su familia, y, por consiguiente, un instrumento que pronto habría de convertirse en la única (o casi única) ventana al mundo exterior, a través de la cual sólo verían lo que *alguien* quisiera que viesen¹² (esto es, un instrumento fascinante y modelador de las conciencias); y, por otra, sirvió para desplegar un maravilloso escaparate para meter por los ojos los innumerables y sugestivos productos que el capitalismo ponía al alcance de todos (...naturalmente, de todos los que tengan dinero). El televisor es el enemigo seductor introducido en el seno de la familia, que además se disponía a pagar un elevado precio por él.

El desarrollo del capitalismo empezó por dar trabajo a los obreros, que fabrican mercancías para a continuación comprarlas con su salario; pero al mismo tiempo el capitalismo provocó una fuerza expansión de los medios de comunicación, cuya tarea principal era convencer a los televidentes y a los radioyentes de que compraran las mercancías y usaran los servicios anunciados, sosteniendo a los propios medios de comunicación con esa publicidad. De ese modo el capitalismo conseguía una carambola excepcional: incitar a comprar sus mercancías y servicios con gran contento de la gente, al exhibir ante la entusiasta audiencia la vida feliz y fastuosa de los héroes del consumo, que mostraban la cadena de necesidades generadas y alimentadas por la innovación técnica y la creación industrial de nuevos productos.

Esa poderosa cadena de necesidades ha sido tremendamente eficaz y se refuerza con cada mercancía adquirida, que hace de cauce irrenunciable hacia otras. Y ese encadenamiento de las necesidades es fomentado mediante la publicidad directa y propugnado y “realizado” demostrativamente a través de películas en las que aparecen utilizadas las nuevas mercancías y mediante reportajes sobre la vida y satisfacciones de los personajes más destacados de las industrias el ocio, que se nos aparecen disfrutando de los bienes más sofisticados, creados por las oficinas de estudio y diseño de las grandes empresas.

Pero el capitalismo no se limitó a crear -a costa de las propias víctimas: esto es, de los clientes- los instrumentos más perfectos para “exhibir” o exponer ante las masas las mercancías y servicios que proporcionan satisfacciones, bienestar y éxito. También ideó fórmulas para facilitar a las masas el disfrute de todos esos maravillosos bienes (como electrodomésticos, televisores, coches -la adquisición más ansiada por innumerables familias e

¹² Lord Nordcliffé, el magnate de la prensa inglesa de principios de siglo, solía decir lo mismo con estas palabras: “Dios enseñó a los hombre la lectura para que yo pueda decirles a quién deben amar, a quién deben odiar y lo que deben pensar” (Nota debida a Vicente Romano).

individuos-, muebles, la vivienda e incluso viajes): *la venta con pago aplazado*, la venta a plazos. ¡Compre y disfrute desde hoy! ¡Ya pagará mañana!

Con las ventas a plazos, los trabajadores se endeudan y se crean unas obligaciones, de tal magnitud, que anulan todas las posibilidades futuras de libertad. Cuando un trabajador firma un paquete de letras como compromiso de pago del piso, del coche, etc., firma un contrato de sumisión y entrega al “sistema establecido” y refuerza su encadenamiento a la empresa, porque se intensifica el miedo a perder el puesto de trabajo o simplemente a que no le faciliten el hacer horas “extraordinarias” con las que ayudarse en el pago de sus múltiples compromisos. Y no vale argumentar que los obreros pueden rescindir sus compromisos de pago, lo que ocasionaría la pérdida del bien en disfrute (que, en el caso de la vivienda, les supone hacer toda clase de sacrificios para conservarla ante las grandes dificultades para encontrar otra y para no perder las cantidades ya entregadas); pues, las estadísticas de letras impagadas demuestran que no son precisamente mayoría los obreros que rompen sus compromisos. De modo que, con ese mecanismo, la sociedad capitalista crea en la clase trabajadora genuinos vínculos de intereses con el “sistema”, que intensifican el conformismo de millones de trabajadores de los que -a diferencia de los obreros españoles de 1936, por ejemplo- ya no puede decirse que “no tienen más que perder que sus cadenas” a la hora de plantearse la cuestión de transformar la sociedad capitalista.

El desarrollo industrial capitalista origina, por tanto, transformaciones profundas en el número y en el comportamiento de la clase de los trabajadores en cuanto los utiliza como productores de mercancías y los modela para el consumo de esas mismas mercancías (como se sabe, el capitalismo no sólo crea su fuerza de trabajo sino también su mercado). Y, si a eso le añadimos la *innovación técnica*, tenemos las tres columnas sobre las que se apoya con firmeza la clase empresarial, que es la clase dominante en las sociedades industriales capitalistas.

La clase empresarial no podría hacer marchar la producción sin una mano de obra lo más barata posible y ese abaratamiento lo está consiguiendo con la innovación de los medios de producción, al idear tecnología ahorradora de trabajo con el fin de maximizar los beneficios. Pero la innovación tiene otra cara importante: la creación de nuevas y nuevas mercancías generadoras, no sólo de beneficios extra (verdaderos balones de oxígeno para las empresas industriales y comerciales) sino también de deseos, ambiciones, pretensiones y necesidades a fin de mantener a toda la población (a todos los individuos) en una constante “inquietud adquisitiva”.¹³

Esa inquietud adquisitiva es alimentada, estimulada e incitada por los medios de comunicación, potenciados al máximo con los avances tecnológicos. Ello equivale a la manipulación implacable del mercado para adecuarlo a las necesidades y exigencias de las grandes empresas industriales y comerciales. En los países capitalistas avanzados la población es el conjunto de sujetos

¹³ El capitalismo dispone de un tipo de propagandistas que se encarga de encandilar a las masas con artículos y objetos nuevos, ideales, así como nuevos modos de vida; en la primavera de 1981, la prensa de los países capitalistas difundió la noticia de que las grandes empresas automovilísticas estaban estudiando el automóvil equipado con un ordenador para programar las rutas y ayudar al conductor. Un representante de este tipo de propagandista de alto nivel es el semicientífico social Alvin Toffer, cuyo libro *La tercera ola* fue uno de los más vendidos en España durante el otoño e invierno de 1980 y la primavera de 1981.

pasivos sobre los que las grandes industrias y los gabinetes de estudio de mercado ensayan la realización comercial de las nuevas mercancías; y las denominadas ciencias sociales han prestado y prestan toda su colaboración para conseguir ese objetivo: en los Estados Unidos de América, por ejemplo, ¿qué son la sociología, la psicología, la teoría del aprendizaje, la ciencia de la conducta, la etología, etc., más que ciencias auxiliares de los estudios de mercado para dominar las conductas de las masas a fin de que consuman lo que quieren y necesitan las grandes empresas industriales para competir mejor?

Los capitalistas, con la ayuda de la innovación tecnológica (de la ciencia y de la técnica), por un lado producen más y más mercancías nuevas y por el otro manipulan las conciencias de las masas provocando en ellas una creciente, insaciable e indetenible “inquietud adquisitiva” de mercancías. En los países capitalistas más avanzados esa “inquietud adquisitiva” no está dirigida a mejorar las condiciones de vida de las masas. Nada de eso; está condicionada y orientada por las exigencias de competitividad y, en algunos casos, de supervivencia de las grandes empresas: la población tiene que consumir lo que le echen para que el sistema capitalista siga funcionando.¹⁴

Hay algo que debe quedar claro e indudable respecto a la contribución de muchas mercancías a la mejora de la vida: el consumo de mercancías y servicios por las masas en muchos países constituye más un signo de prestigio y de afirmación personal -de acuerdo con la escala de valores impuesta por los medios de comunicación- que no una necesidad impuesta por la mejora de las condiciones de vida. Y esto es así, por mucho que sorprenda, porque, como ya se dijo, el capitalismo necesita dominar su mercado, el mercado más amplio posible; pero dominarlo de verdad, modelando los gustos, deseos y preferencias de población o fracciones de gente con algún signo o carácter diferenciador.

La educación capitalista y la formación de la conciencia por los medios de comunicación¹⁵

Reorientación formal y utilitaria de la educación -en coherencia con la disminución objetiva de las condiciones intelectuales y morales de la población- y configuración de los gustos por los medios de comunicación de masas

Ahora bien, el capitalismo impone sus gustos -su estética- a la población precisamente porque es capaz de inculcar un tipo de educación a las masas, empezando desde la infancia. Pues, contrariamente a lo que pueda parecer, la educación que impone el capitalismo -tanto desde los medios de comunicación como en sus organismos e instituciones educativas- se caracteriza por una tendencia a la rutina, al formalismo, a inculcar conocimientos puramente operativos, pragmáticos, a proporcionar a los niños un saber utilitario que

¹⁴ Facilitar la buena marcha del “sistema” puede llevar, en determinados estratos de trabajadores, a situaciones increíbles; así, en los últimos años de la guerra del Vietnam propugnaban la continuación de la guerra porque, de lo contrario, tendrían que cerrar muchas empresas dedicadas a la producción de material bélico.

¹⁵ Subtítulo, añadido al revisar el texto original. (*N. del ed.*).

ponga a los jóvenes en condiciones de desempeñar trabajos cada vez menos exigentes en formación intelectual.

La tecnología industrial y de los servicios actual permite la utilización de mano de obra cada vez menos capacitada. Esa tendencia es consecuencia de la propia tecnología, cuyo rasgo fundamental es ahorrar mano de obra y reducir los costes de producción en general. Esto último se puede hacer de dos formas: sustituyendo trabajadores por máquinas o empleando trabajadores poco o nada calificados, que reciben salarios más bajos. Aunque se puede afirmar de una manera general que toda innovación técnica en los medios de producción capitalista facilita el empleo de mano de obra menos capacitada.

Esta tendencia no es nada nuevo. Surgió con la aparición del maquinismo a comienzos del siglo XIX y facilitó entonces el aprovechamiento del trabajo de mujeres y niños con menosprecio del trabajo de los artesanos y otros obreros especializados. El descenso del nivel intelectual de los trabajadores, requerido por la industria mecanizada, pareció haber invertido su sentido, después de la Segunda Guerra Mundial, con la aparición de las nuevas industrias basadas en la ciencia y, sobre todo, con la irrupción de la cibernética y la automatización. La expansión de estas últimas fue celebrada y exaltada, y se llegó a afirmar con gran frecuencia que las nuevas industrias con sus avanzadas tecnologías planteaban nuevas exigencias de formación en la mano de obra; y se dijo incluso que en las nuevas fábricas todos los trabajadores tendrían un nivel de formación intelectual y especializada cercano al de los ingenieros. Pero esa exaltación intelectual -que formó pareja con la sociedad de la abundancia para todos (*the affluent society*)- fue poco duradera y ambas se hundieron con la crisis del capitalismo de comienzos de nuestra década.

La verdad cruda es que no ya sólo la mecanización sino la misma automatización (las cadenas de montaje, las máquinas de transferencia, etc.) crean las condiciones para el aprovechamiento de mano de obra cada vez menos calificada. Eso quiere decir que el desarrollo tecnológico capitalista reduce las exigencias educativas e intelectuales de las masas trabajadoras, lo que está en radical contradicción con toda la propaganda pseudointelectual acerca del elevado número de científicos, de técnicos y de especialistas en los países capitalistas.

Los turiferarios y aduladores del capitalismo proclaman a los cuatro vientos los grandes avances educativos en los países capitalistas -la creación de nuevas universidades y escuelas de formación profesional- y se emocionan al señalar el formidable crecimiento del número de universitarios y de técnicos, creando con su descarada propaganda nuevas expectativas en los jóvenes que ven en esas enseñanzas un medio de promoción social y sacrifican años y esfuerzos a esos estudios. La desilusión y la frustración vienen cuando, terminados los estudios, no pueden encontrar trabajo ni en su rama de especialidad ni en ninguna otra: la sociedad capitalista ha engañado a los muchachos entreteniéndolos con unos estudios que sólo han servido para mantenerlos apartados de las oficinas de colocación y de las subvenciones por desempleo. Los centros de enseñanza son estaciones de "aparcamiento" para los jóvenes durante varios años a fin de que no exijan puestos de trabajo.

Lo verdaderamente sorprendente es que la disminución objetiva de las exigencias educativas (que, de hecho, hacen inútiles y frustran las esperanzas y esfuerzos hechos en el dominio educativo) *concuerta* con las condiciones intelectuales requeridas en la población por el mercado para el capitalismo avanzado o, mejor dicho, supermaduro. Porque, a poco que se reflexione, pronto se llega a la conclusión de que el mercado ideal para la gran producción e innovación capitalista exige una población dispuesta a aceptar sin resistencias intelectuales, morales y estéticas o del gusto las pautas de consumo que en cada momento le sean insinuadas de modo sugestivo por los medios de comunicación de masas.

Para aceptar unas pautas de consumo que no contribuyen en nada a la mejora de la vida -y que sólo contribuyen a un prestigio social o a una presunción irracionales- hay que renunciar a pensar, a enjuiciar las propias acciones, a tener unos principios morales científico-rationales y a poseer un gusto estético formado sobre las obras de arte más destacadas y apreciadas. Las grandes cantidades que se gastan en la publicidad (que, en 1980, ascenderán a unos 45.000 millones de dólares en los Estados Unidos y a unos 40.000 millones de pesetas en España) serían inútiles si la mayor parte de la población tuviera formación suficiente para enjuiciar las “sugerencias” adquisitivas que le llegan a través de los medios de comunicación. La publicidad comercial opera y resulta eficaz si la población está bien dispuesta al respecto, pues, aunque no se adquiera el artículo recomendado o sugerido, genera en los individuos una “inquietud adquisitiva” que no se superará sino adquiriendo mercancías o servicios. Uno de los fines principales de la publicidad es crear deseos de algo en los individuos. De modo que la publicidad es siempre útil para el sistema, pues, cuando el deseo generado adquiere cierta intensidad, se convierte en una “inquietud adquisitiva” que el individuo es incapaz de vencer salvo que posea una formación intelectual adecuada.

Además de presentar y dar a conocer nuevas mercancías, la publicidad comercial crea un deseo de adquirirlas, que es tanto más imperioso cuanto menor sea el nivel intelectual y la autodisciplina del individuo: cuanto menor sea su capacidad para enjuiciar la relación de la mercancía con la propia situación individual. Las cosas guardan relaciones de necesidad distinta con los individuos que pueden ordenarse desde la necesidad absoluta de pan para saciar el hambre hasta el uso de una joya para adquirir prestigio o autosatisfacción luciéndola, aunque ese prestigio sea puramente subjetivo puesto que en las grandes ciudades de los países capitalistas la masa de individuos viven en el más completo desconocimiento: el individuo presume en medio de una multitud de desconocidos que ni siquiera le miran. El individuo busca la autosatisfacción como si se tratara de una verdadera necesidad biológica, aunque en realidad esa necesidad se crea mediante una fuente de información significativa para él. A saber: la publicidad, cuya fuerza de sugestión es más intensa en las personas intelectualmente desvalidas que en las que tienen alguna formación cultural.

De todo lo anterior se deduce que la educación juega un papel muy importante en la satisfacción de las necesidades personales. El individuo culturalmente formado establece mejor las prioridades de sus necesidades a fin de mejorar sus condiciones reales de vida y está, por lo mismo, más

predispuesto a rechazar las necesidades falsas, generadas e inducidas por la publicidad en torno al prestigio y a la autosatisfacción sin referencia exterior, en cuanto son puramente subjetivas. No hay que olvidar que el individuo solitario en medio de las multitudes indiferentes de las grandes ciudades capitalistas posee unas “relaciones personales de referencia” sustitutivas de relaciones personales reales: son los personajes habituales de la televisión y de alguna emisora de radio que le sitúan en relación “directa” con el mundo de aquéllos y con sus normas, gustos y valores, que -para el individuo solitario- son los generales a los que todos se someten y que todos admiran, y por eso cree que las gentes desconocidas le admiran y le aprueban, le valoran positivamente.

El individuo puede vivir así aislado en medio de la multitud sin estar conectado con nadie concreto de ella, sino con la fuente general de referencia para cada uno y para todos: los medios de comunicación. Es ésa una relación personal (indispensable al individuo) *irreversible* y -es curioso- inversa a la relación religiosa o mística, la relación con Cristo, la Virgen o algún santo favorito a modo de soliloquio. En este otro caso el creyente es el elemento activo de la relación en cuanto que habla, pide, suplica, ora, se lamenta, etc. con Cristo sin obtener respuesta objetiva alguna. Pero al individuo que se relaciona con la televisión y la radio le sucede todo lo contrario: esa relación es también *irreversible* (esto es, en un solo sentido sin posibilidad alguna de reciprocidad), pero en ella el elemento activo son los medios de comunicación en tanto que el individuo activo permanece totalmente pasivo y recibe lo que le echen.

Ahora bien, lo más grave del caso es que el “individuo aislado” se educa desde la niñez para inhibir sus reacciones de respuesta: da por bueno y aceptable todo lo que le presentan sin aprender -ni habituarse- a enjuiciar los contenidos y sin llegar a saber siquiera que tiene la obligación de (y puede) enjuiciar o valorar lo que tenga a la vista o al oído, criticarlo. Una fascinación irresistible se apodera del individuo aislado y le domina, ya se trate de los intrigantes y reiterativos seriales americanos ya de una publicidad superrefinada y elaborada para captar la atención y orientar la conducta de la audiencia. El individuo aislado, “bien educado” por los medios de comunicación colectiva, asume todos sus contenidos y formas como su atmósfera habitual, como lo normal para él; de hecho, siente todo eso como su realidad, como su medio.

Una de las claves del hombre actual es el análisis y la caracterización de su medio, esto es, de las relaciones reversibles que le constituyen, conforman y modelan en cuanto lo exterior influye sobre él y en cuanto él mismo influye sobre lo exterior que le rodea.¹⁶ Ha sido la actividad del hombre sobre la

¹⁶ Aquí coinciden dos líneas importantes de pensamiento, el biológico evolucionista de F. Cordón y el psicológico de J. Piaget: el primero, al considerar que la experiencia y la acción animal ganadas en la búsqueda del alimento, defensa y reproducción configuran la conciencia y el soma del animal, y, por consiguiente, la evolución de las especies; y el segundo, Piaget, al enunciar que el comportamiento es el motor de la evolución (el título de uno de sus libros).

{El párrafo anterior corresponde a la redacción inicial de esta nota, tachada y sustituida por esta otra al revisarla:

«Como se sabe, todo ser vivo es configurado por su medio en una doble actividad característica: la que el medio ejerce sobre él y la que él ejerce sobre el medio para conseguir su alimento (defenderse y aparearse) y sobrevivir. Los hombres no escapan a esa condición existencial, básica, de lo viviente. Pero hay que recalcar que lo que configura el foco (centro o núcleo) de actividad del ser vivo es el doble

naturaleza la que modelado o configurado su conciencia y, por consiguiente, su cuerpo. Sin embargo, ni siquiera en los tiempos más infortunados y abatidos de la historia del hombre dejó éste de ejercer una actividad viva y modeladora sobre el medio, que daba firmeza y solidez a su conciencia.

Ahora bien, en las ciudades industriales capitalistas los hombres han perdido ese ejercicio formador y de alguna manera creador. Hoy la inmensa mayoría de los hombres son pasivos, estrictamente pasivos: primero, durante siete u ocho horas en la fábrica o en la oficina, sometidos al ritmo de las máquinas o encuadrados por normas de trabajo dictadas o establecidas por la oficina de programación; y, luego, durante sus horas de ocio o de recuperación de la tensión o cansancio del trabajo, sentados ante la pequeña pantalla, ratificando su pasividad. Así se refuerza su conducta de sometidos y domesticados -en el sentido de animal domesticado, por cuanto adoptan una conducta que no es la que deriva, surge o nace de su actividad sino de la actividad o de los intereses de otro o de otros.

No es un abuso reiterativo el recalcar que en las sociedades industriales capitalistas de hoy la población es un rebaño domesticado para realizar sobre él todos los ensayos exigidos por la realización comercial de la producción industrial de mercancías y de la innovación y por la rivalidad entre los monopolios para sobrevivir; o que la buena predisposición para la sumisión se considera la condición indispensable para la buena marcha del sistema.

Repitémoslo: el sistema capitalista no sólo crea un medio de producción sino también su propia fuerza de trabajo y, lo que no es menos importante, su mercado: y la creación de su propio mercado implica la creación de los gustos, preferencias y valores adecuados a las necesidades y exigencias del capitalismo supermaduro.

La degradación intelectual y cultural de las masas bajo el capitalismo supermaduro¹⁷

Generalización del “analfabetismo funcional” y de la desorganización de la mente mediante la industria de la “subcultura”, acelerada en el caso español por el rechazo de la prensa y la literatura franquistas por la clase trabajadora

Si los análisis anteriores sobre la creciente disminución de las exigencias intelectuales de los puestos de trabajo y sobre el tipo de moldeamiento intelectual, afectivo y estético de los medios de comunicación colectivos son correctos, se evidencia con toda claridad una tendencia incontenible hacia una creciente incultura o, quizás y en términos más duros, hacia un creciente embrutecimiento de las masas -hacia la barbarie- y ello en todos los niveles de la sociedad.

proceso: la actividad del medio sobre el individuo viviente (en otras palabras, la actividad de todos los demás seres vivos significativos para él); y la actividad, bien evidente, del individuo vivo sobre los demás individuos vivos con los que está en conexión directa. Ahora bien, es lógico que lo más importante sea la actividad del individuo vivo sobre los seres vivos de su medio, porque es la que modela más directamente el foco de actividad (la conciencia) y la que configura el soma (el cuerpo); y a eso es a lo que se puede denominar evolución activa, en tanto que ha sido siempre el factor más eficaz de la evolución biológica.» (*N. del ed.*.)

¹⁷ Subtítulo añadido, a mano, al revisar el texto. (*N. del ed.*).

Un factor importante de ese embrutecimiento radica en el apartamiento de los intelectuales y los artistas más significados de todo contacto con las masas. Alejar a éstas de la influencia de los intelectuales era una exigencia rigurosa e imperiosa de la publicidad y el ideal consumista del “tírese después de usado” y del desarrollo de una importante rama de los negocios: las industrias de la cultura o, mejor, si se quiere, de la “subcultura”.

El apartamiento de las masas de la influencia de los intelectuales se planteó inicialmente como una crítica de la cultura alambicada y refinada de los intelectuales burgueses, lanzados a la búsqueda de nuevos contenidos y nuevas formas de expresión no sólo con despreocupación sino con desprecio hacia las masas ignorantes y toscas, rudas. Eso se hizo con vistas a la sustitución de la cultura de los intelectuales y artistas por una cultura accesible a las masas, creada especialmente para ellas por unos expertos que se decían conocedores de los deseos y aspiraciones de las multitudes, conocidos y manifiestos a través de las encuestas, el análisis de audiencias de las campañas publicitarias y los estudios de *marketing*.

Esa operación se realizó con el doble objetivo de negocio y de control; y en ella participaron (y participan) intereses considerables e incluso grandes monopolios de las ramas más agresivas, como la electrónica, la fotografía, etc. De esa manera se inició la producción de unas mercancías, auténticos sucedáneos, engendros concebidos e ideados por mercenarios a destajo que entran a saco en la herencia cultural para despedazarla con el propósito de utilizar los contenidos y formas de inferior calidad para componer sus refritos predigeridos (los “Digests”) destinados a la masa inculta. Así, con el objetivo preconcebido de contentar y complacer al pueblo, rebajan cada vez más el nivel de los productos apartando al hombre de la calle de toda posible influencia de los intelectuales. De ese modo se crea un buen mercado para los productos pseudoculturales y se encierra a los peligrosos intelectuales en una inaccesible torre de marfil, en su ghetto de marginados sociales, en tanto que las masas se convierten en la clientela dócil de la industria y el mercado de la subcultura y de las industrias también llamadas del ocio.

Las industrias de la subcultura han conseguido algo en verdad sorprendente, que nadie había logrado hasta ahora: que las masas no sólo soporten con agrado lo que contribuye a embrutecerlas sino que incluso paguen por ello: que paguen por ser embrutecidas. Ejemplos: la mayor parte de las televisiones de los países capitalistas; toda la gama de publicaciones pornográficas (o semipornográficas); los *comics* para adultos, que tanto proliferan hoy; la fotonovela; la prensa amarilla; etcétera.

Un especialista en medios de comunicación social dice que

«en la RFA, doce millones de sus ciudadanos leen por término medio el diario *Bildzeitung*, símbolo de manipulación de la opinión pública, paradigma de periódico amarillo, con una tirada superior a los 4.5 millones de ejemplares... La función y el contenido del *Bildzeitung* puede resumirse, como hace Wundt, en estos términos, los más moderados que hemos podido encontrar: “Coopera a la inhibición del ciudadano, ofrece un mínimo de información y en su mayor parte se ocupa de cuestiones de un pretendido ‘interés humano’. Para quien no lo conozca, estas cuestiones, que llenan con grandes titulares sus cuatro

páginas, se reducen al crimen, al sexo y al anticomunismo, y, si la inventiva del periodista se las arregla para que vayan mezcladas, tanto mejor»¹⁸.

«Parece entonces como si las masas aplaudieran su propia manipulación, su propia mutilación informativa.»¹⁹

La misma función inhibidora, aisladora y empobrecedora cumplen las llamadas “revistas del corazón” que son las que alcanzan mayor tirada en los países capitalistas.²⁰ Se ha producido un enorme crecimiento de toda clase de publicaciones impresas, muchas de ellas de lujosa impresión, sobre todo en lo que se refiere a la publicidad comercial, y todas cultivan con esmero la irracionalidad y la superstición. Véase, por ejemplo, la proliferación de revistas de astrología. ¿Cuántas revistas y periódicos se olvidan de consignar en sus páginas el perfil astrológico de la semana o del día? Son muchas las gentes que hablan de los signos del zodiaco con más frecuencia que de la religión. Han aparecido asimismo revistas de los temas más variados: de perros, de gatos, de canarios, de crucigramas, de parapsicología, de viajes, de historia, etc., etc.; pero la palma de la irracionalidad se la llevan los *comics* para adultos. Y todas ellas sin excepción presentan unos rasgos comunes: abundancia de monstruos, de mutantes (después de que la humanidad haya sido destruida por una guerra atómica) y una tendencia creciente al embrollo, al revoltijo y a la confusión; esta “literatura de imágenes” está perfectamente indicada para provocar la desorganización de las mentes.

En las sociedades industriales capitalistas la hegemonía de la “cultura de la imagen” ejerce, sin duda, una influencia muy sugestiva en la cultura de nuestro país, y, sobre todo, en la evolución intelectual de la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos; influencia que, admitámoslo o no, tiene mucho que ver con las deficiencias constatables en la formación política de las masas y de los trabajadores en particular.²¹

En total contraste con la palabra, hablada o escrita, el revoltijo de imágenes que incide sobre la conciencia de una persona que pasa de tres a cuatro horas diarias viendo la televisión, y que además hojea una revista del corazón o, lo que es peor, un *comic*, no puede por menos que dejar una huella o rastro desorganizador. Pues, en tanto que las palabras, habladas o escritas, se integran, se fusionan y se organizan para enriquecer la conciencia o potenciar la capacidad de entender, las imágenes no se integran, ni se fusionan sino que tienden a persistir aisladas, por su propia individualidad. Tal es la causa profunda de la influencia desorganizadora del “consumo” abusivo de imágenes, ya sean televisivas o ya procedan de los increíbles *comics* de adultos e incluso de los infantiles.

Aunque esos revoltijos de imágenes tienen otras consecuencias más difíciles de detectar; y la más dañina de todas es la de proporcionar a quienes las consumen una pseudocultura, una pseudoinformación, que no sólo inhibe a los individuos respecto a la mejora de su formación intelectual sino que impide

¹⁸ V. Romano, *Los medios de comunicación en la RDA*. “Valoración de la prensa periódica de la RDA” (manuscrito).

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ El resto del párrafo, hasta el último punto y seguido, añadido al revisar el texto original. (*N. del ed.*).

²¹ Este párrafo y los nueve siguientes fueron intercalados en el texto original, al revisarlo. (*N. del ed.*).

que lo hagan, y esto por un doble motivo. Por una parte, el barullo de imágenes proporciona a los individuos una sensación de saber porque han “visto” cosas y tienen la impresión de reconocer algo (cuando, en realidad, confunden el mero reconocimiento con el conocimiento, que es conceptual), de modo que, con tales “conocimientos” se sienten al cabo de todo y elevados a la categoría de vanos pedantuelos. Y, además, ese mismo revoltijo de imágenes tiene otra consecuencia aún más grave, al incapacitar a sus consumidores para el pensamiento abstracto y alejarlos de la lectura, pues el devorador de imágenes durante horas no puede leer: bueno, naturalmente, que puede leer, pero es incapaz de asimilar sin un gran esfuerzo de atención y de concentración en lo leído, ya que, como es sabido, para disfrutar de la lectura y llegar al grado de abstracción que requiere la palabra escrita es necesario un hábito continuado de lectura.

La situación cultural de la clase obrera no se puede entender si no se tienen en cuenta el factor inhibitor de la televisión, que se acaba de mencionar, y el rechazo de la lectura provocado por prensa, revistas y libros durante los cuarenta años del poder franquista. Para nadie es un secreto que el poder franquista no sólo ejerció la censura más rigurosa sobre todo tipo de publicaciones extirpando cuando pudiera significar la más leve crítica sino que, además, orientó, estimuló y favoreció con la ayuda de la Iglesia católica aquellas publicaciones que adularan y exaltaran al dictador, edulcoraran sus medidas de gobierno y maquillaran a todas los personajillos que ejercieron alguna función política durante la dictadura.

Últimamente se han publicado algunos libros que nos descubren los extremos grotescos a los que llegaron los censores en su afán de erradicar todo apunte crítico de los libros, revistas, películas, obras de teatro y demás materiales censurados; y a esa labor denigradora hay que añadir el tratamiento que las publicaciones franquistas dieron a los rojos, a los partidos políticos de izquierdas en las personas de sus adherentes y, en última instancia, a los obreros, a los intelectuales y a todo aquel que pudiera tener algún significado progresivo. Probablemente, en ningún país del mundo se denigró y se insultó de modo tan constante y metódico a los políticos, a los intelectuales y a los obreros como en la España de Franco. Claro que los franquistas no se limitaron a insultar, pues, cuando se fusilaba a docenas en todas las ciudades, se “paseaba” y se asesinaba en las carreteras en un afán exterminador para salvar a las masas de ir al infierno, los insultos más groseros dejaban de tener importancia.

En tales condiciones, nada tiene de extraño que los numerosos obreros que habían aprendido a leer durante la República y la Guerra Civil (la Cruzada: recuérdese cuando ni siquiera se podía decir Guerra Civil) dejaran de leer por delicadeza, por dignidad, por asco de lo que el pobre papel soportaba. Durante muchos años -demasiados años, para la vida del hombre- los obreros y muchas personas de la pequeña burguesía y de la clase media se vieron obligados a abandonar toda lectura, perdiendo así el hábito de leer o encontrándose imposibilitados para adquirirlo. Durante toda la época franquista -“la España del cincel y de la maza..., la España de la rabia y de la idea”- la práctica de la lectura se encontró imposibilitada; más aún, se desaconsejaba la lectura.

Se desaconsejaba leer a los estudiantes de bachillerato de los colegios religiosos (a los que acudía la mayoría de aquéllos) cualquier libro que no fuera de texto o de devoción. Muchos niños aprendieron a leer, pero tuvieron tales dificultades para practicar la lectura que se convirtieron en “analfabetos funcionales” de modo prematuro. La repugnancia y la repulsa que todo papel impreso provocaba en los trabajadores durante la era de Franco tuvo una grave consecuencia para la cultura española: la pérdida de la hegemonía comunicativa que el periódico y la revista habían ejercido antes y durante la Guerra Civil. Pues, tras la desaparición de los hábitos de lectura durante un período tan largo, la restauración de la democracia no trajo consigo la resurrección del periódico como órgano de información y, sobre todo, de formación de la opinión y de la personalidad.

Por lo demás, la situación intelectual y cultural de la clase trabajadora no queda por completo clara si no se tiene en cuenta que durante el largo período de repulsa de la prensa periódica se produjeron cambios profundos en la sociedad española que afectaron de forma grave a los cauces de acceso a la información y, por lo tanto, al desarrollo de la personalidad.

Como ya se dijo, la industrialización del país trajo consigo el más pleno desarrollo de los medios de comunicación de masas y la aparición del medio hoy dominante: la televisión. Durante la década de los sesenta y setenta, millones de personas se trasladaron desde las zonas rurales a las industriales y a las ciudades; en el campo, como es natural, tenían pocas ocasiones y menos motivaciones para leer; pero, aunque al convertirse en obreros de fábricas, talleres, comercios y demás tenían más motivos para hacerlo (al menos en los últimos años del franquismo), cuando sintieron esa necesidad ya habían adquirido el televisor y sintieron satisfechas sus necesidades informativas con él.

En los dos primeros años de la transición a la democracia, 1976 y 1977, los trabajadores sintieron deseos e inquietudes por informarse mejor, precisamente durante el tiempo en que la televisión continuaba en manos de los funcionarios franquistas, porque su información había quedado muy desfasada con respecto a la aportada por la oleada de revistas y periódicos nuevos y por la libre circulación de los periódicos de los partidos. La inquietud informativa de los trabajadores, de los profesionales y de los estudiantes alimentó aquella espléndida proliferación de revistas político-culturales de la segunda mitad de 1976, 1977 y parte de 1978, con exponentes como *Cambio 16*, *El País* y *Mundo Obrero*. Pero la falta de hábito de lectura en los adultos y de inquietud informativa en los jóvenes agostó aquel florecimiento prometedor, con la excepción de *El País* y *Diario 16*, cuya supervivencia y expansión habría que relacionar también con la desaparición de otros dos diarios levemente progresivos: *Madrid* e *Informaciones*. En cuanto a las revistas semanales, tras unos meses, tal vez un año, de euforia y de haber alcanzado alguna cerca de un millón de ejemplares, iniciaron una decadencia rápida hasta la desaparición de la mayoría de ellas y la reducción de las restantes a cifras realmente modestas.

Por una desgraciada coincidencia de circunstancias, en España se había alcanzado la etapa de “analfabetismo funcional” con más rapidez que en otros países capitalistas más avanzados. Tras la eclosión y rápida desaparición de las revistas político-culturales, se inició el auge de las revistas comerciales de

“ventas”, de publicidad y de explotación de todos los instintos inferiores del hombre y de su irracionalidad. Hoy, la gente que sabe leer las indicaciones más elementales en una civilización señaladamente simbólica (de otro modo no se puede vivir en una gran ciudad) constituye la inmensa mayoría, que es incapaz de leer un texto de una página de extensión por falta de hábito de lectura e incapacidad para el pensamiento abstracto.²²

²² El resto del texto (hasta la última sección: conclusiones) fue añadido al revisar el original de esta sección, en sustitución de este otro:

«Todo el análisis expuesto de la sociedad capitalista puede incitar a preguntarse por qué la sociedad industrial capitalista sigue siendo tan sugestiva si no ofrece más que irracionalidad, embrutecimiento, envilecimiento, desorganización y barbarie. Se tiene la impresión de que el capitalismo tiene que proporcionar a los hombres algo tan importante para el bienestar humano que compensa todas las consecuencias fuertemente negativas y destructoras; y, precisamente para entender mejor ese extraño proceso, merece la pena resumir aquí todos los males generados por el capitalismo a nivel social y a nivel individual.

1. Todos los factores de la cultura capitalista conducen al embrutecimiento de las masas y a la incultura general de la población; pues el embrutecimiento alcanza en su momento también a los expertos especialistas.
2. Así mismo, los factores culturales capitalistas llevan a toda la población a la desmoralización o, con más propiedad, a la amoralidad: la sociedad capitalista supermadura considera toda moral como una moral restrictiva por cuanto entiende que se retribuye con gratificaciones intangibles, ideales, a la manera que el catolicismo retribuía con asientos en el cielo a la derecha de Dios las mercancías impagadas a la Iglesia, a los señores feudales o a los empresarios de la primera etapa del capitalismo, o los “incentivos morales” proclamados con tanta insistencia por el sistema socialista. El consumismo capitalista quiere a los individuos desnudos de resistencias ideológicas y morales, premia con “abundantes” mercancías a los que trabajan y se entregan a la empresa para ganar más dinero y comprar más, castiga sin mercancías ni servicios a quienes no trabajan y utiliza los métodos más brutales para quienes, creyendo que viven en la “sociedad de la abundancia”, roban, con la idea sencilla de que toman lo que necesitan o les hacen creer que necesitan: la represión ejemplarizadora queda para estos últimos. Para el capitalismo supermaduro la moral es un método obsoleto de gratificación y de control de las masas.
3. El capitalismo supermaduro emplea grandes recursos (bien cobrados a los usuarios) para aislar a la población en pequeños grupos mediante la oferta de mercancías diferenciadoras (fragmentación del mercado) y, en consecuencia, por el parcelamiento cultural. Pero los medios de comunicación capitalistas (supermaduros) van mucho más allá y apuntan al aislamiento social, cultural y afectivo de los individuos, sustituyendo sus relaciones personales sociales reales (quebrando así sus afectos, algo bien evidente incluso en la familia) y sumiéndolos en la más pura pasividad en el trabajo, en el ocio o en el propio hogar; los hombres deben estar conectados tan sólo con las entelequias creadoras de los contenidos de los medios de comunicación, con los héroes del consumo.
4. El capitalismo supermaduro con ayuda de la técnica y de innumerables agentes, organismos e instituciones es un fabuloso aparato destinado a crear tensiones, más aún, a inquietar, a angustiar a los individuos. La panoplia de recursos creadores de tensión es variadísima. Se puede empezar con (1) el paro (el instrumento por excelencia para angustiar y dominar a las masas trabajadoras). Y continuar con (2) la amenaza de guerra atómica, con la inmensa cohorte de películas de invasiones de extraterrestres; (3) las iglesias (expertas en crear angustia con siglos de existencia), toda clase de sectas y supersticiones, y los espectáculos de terror, desde los circenses al cine negro, novelas, y revistas (“comics para adultos”); (4) las mafias, sindicatos del crimen, gansters, la tremenda proliferación de la delincuencia, atracos, asaltos, violaciones, hasta obligar a la población a encerrarse en sus casas y no salir a la calle de noche; (5) el alcoholismo, abandono familiar, marginación social, suicidio y tantas otras formas; y (6) el terrorismo, otra de las poderosas fuentes de angustia, especialmente el terrorismo indiscriminado contra las masas (estación de Bolonia), terrorismo propio del capitalismo que no ejerce directamente el poder sino a través de personas interpuestas o en el que algunas instancias de poder (el poder local, por ejemplo) ha sido conquistadas por partidos obreros., pues en este caso, el capitalismo, bien organizado, recurre al terrorismo de los dos tipos mencionados. El miedo (a la muerte, a la agresión, al hambre, a los virajes de la suerte,...), la angustia y la inseguridad son sentimientos dominantes en las masas de los sociedades capitalistas “más avanzadas”. Testimonios

Entonces -si el análisis de la sociedad capitalista que se ha realizado en las páginas anteriores es correcto- habría que preguntarse por qué esta sociedad continúa siendo tan atractiva, subyugante y fascinante como para enmascarar e impedir ver aspectos negativos tan tremendos como la inseguridad, la angustia, la opresión y la irracionalidad. Sin duda, tiene y ofrece algo que encandila con vigor a las masas y cautiva la atención, la voluntad y la esperanza de las mismas. Algo simple y convincente ofrece a las masas trabajadoras que las mantiene agradecidas y entusiasmadas, aun en el más elevado grado de explotación, de modo que, en vez de reaccionar contra la explotación de que son objeto, buscan en realidad reforzar aún más los lazos de su propia explotación mediante una entrega más plena y "leal" a la empresa y, en definitiva, al sistema. Porque es la primera vez en la historia humana en que los hombres se sienten satisfechos de ser explotados, oprimidos y completamente condicionados, sugestionados, como si estuviesen drogados en algún grado, y en que incluso pagan agradecidos la droga que los adormece, obnubila y ofusca.

Lo más grave y peligroso de ese adormecimiento es que no se vislumbra posibilidad ni procedimiento alguno para salir de él; parece que sólo se puede confiar en una catástrofe que arranque a las gentes de ese estado de fascinación. De la consideración de la situación se saca la impresión de que, en los primeros países capitalistas, las masas han sido llevadas a renunciar al ejercicio del pensamiento (que es el carácter realmente humano) y que se encuentran secuestradas en una especie de limbo paradisíaco en el que se confunden en tenue mezcla las cosas y las imágenes de las cosas (las mercancías y la parafernalia publicitaria de las mismas) y en el que los individuos viven en su tiempo libre en ese espacio que media entre la percepción sensorial (las imágenes) y el pensamiento, pero sin acceder a éste. Inmersos en ese limbo de cosas y de las imágenes de éstas los hombres dejan de guiarse por las ideas (por el pensamiento) para guiarse por las mercancías de consumo, realizándose en ellas y encontrando en ellas su libertad. De manera que no son las ideas las que condicionan la conducta sino que las cosas que se adquieren y los cambios de las cosas reordenan la conducta, siendo el trabajo el precio a pagar por el derecho a vivir en ese limbo.

El capitalismo "supermaduro" domina a las masas al encandilarlas con la oferta ingente de mercancías, el mito de la riqueza y el poder y una libertad abstracta

Por último, habría que resumir de modo programático qué es lo que el capitalismo ofrece -su aspecto cautivador y fascinante- y qué es lo que produce de negativo, que está superando ya todo lo que tuvo de progresista y positivo.

1. Por encima de todo, el capitalismo supermaduro ofrece mercancías en una variedad apabullante e innovación ilimitada; este es el rasgo definidor y característico del capitalismo pues sólo la producción de mercancías para su realización comercial y consumo produce

fehacientes de la tensión y angustia que genera el capitalismo "avanzado" son la abundancia de psiquiatras, psicoanalistas y psicólogos (consecuencia del crecimiento de los enfermos mentales (i)), la proliferación de Iglesias y de sectas cuya finalidad es conformar a los individuos angustiados, liberarnos de las tensiones provocadas por la propia sociedad.» (N. del ed.).

plusvalía, condición *sine qua non* de la existencia del mismo. La variedad de mercancías no consiste solamente en su diversidad sino en la multiplicidad dentro de cada tipo concreto, pues, sin una gran variedad de marcas, envases y colores (por ejemplo, de pastas dentífricas o de copos de avena para el desayuno), los ciudadanos no dispondrían de posibilidades reales de ejercer su “libertad democrática”: ¿hay mayor opresión que la de verse obligado a comprar y usar una única pasta dentífrica, por buena que fuese?

2. En las sociedades capitalistas, la omnipresente publicidad comercial y la mayoría de las manifestaciones culturales en general ensalzan en grado tan elevado las ventajas y satisfacciones que el individuo puede recibir de las mercancías y servicios sin más esfuerzo que, por ejemplo, apretar un botón, que nos hemos persuadido de que no podemos alcanzar más felicidad que la proporcionada por las grandes empresas productoras de bienes y servicios. Además, todo nos es presentado bajo una apariencia tan seductora y sin referencia alguna al coste o al esfuerzo, que, o bien nos sentimos de inmediato predispuestos a adquirir, o bien nos persuadimos de que tenemos que realizar no importa qué esfuerzo para conseguir esas satisfacciones. De modo que se hace verdad el lema: ¡disfrute hoy, goce, que ya pagará mañana!
3. Las sociedades capitalistas alimentan en millones de hombres por medio de numerosos mecanismos la ilusión y la esperanza de ascender a las máximas cimas de disfrute y de poder que hace posibles la riqueza. Este es probablemente el elemento más fascinante y sugestivo del capitalismo actual: convertirse de golpe en héroe, en famoso, por disponer del poder irresistible del dinero (de trabajo social sublimado) para conseguir todo lo que se le antoje al individuo. Todo pequeño burgués puede llegar a ser un gran capitalista. Todo empleado puede tener suerte en las quinielas, en la lotería, etc. Todas las semanas varios españoles se convierten en millonarios; de la noche a la mañana, hasta un obrero parado se convierte en multimillonario adulado y jaleado por todos los medios de comunicación.
4. El capitalismo estimula y alimenta también la ilusión de que todo individuo, cualquiera que sean sus aptitudes, puede alcanzar la celebridad, los honores y la fama con el acompañamiento de sus ventajas económicas, y, todo ello, sin realizar grandes esfuerzos ni estar especialmente bien dotado; se trata del paralelismo mitológico del vendedor de periódicos que puede llegar a ser presidente de los Estados Unidos o financiero supermillonario del petróleo. Los fundamentos de estas creencias se encuentran en la “promoción” ultra-rápida de estrellas de cine, cantantes, modelos, etc., elevados a las cumbres de la fama por empresas de publicidad o por las grandes industrias del ocio. Estos saltos a la fama son en verdad altamente seductores para millones de jóvenes de las capas más bajas de la población que, incitados al consumo, carecen de dinero y tropiezan con grandes dificultades para encontrar un trabajo rutinario y mal pagado. En los países capitalistas esa mitología ha fascinado durante

las últimas décadas a millones de jóvenes que confiaban más en la suerte que en la dedicación incansable, constante y persistente a formarse para cualquier actividad artística o deportiva que, tras años de lucha, les facilitara el camino a la fama y al dinero; difundida intensamente por todos los medios de comunicación de masas, dicha mitología tuvo (y está teniendo) consecuencias desastrosas sobre la desmoralización de los jóvenes, al persuadirles de la inutilidad de todo esfuerzo dirigido a conseguir una preparación minuciosa y rigurosa para la actividad social elegida.²³

5. Otro atractivo del capitalismo que fascina a las masas es la sensación ilimitada de libertad; una libertad abstracta, sí, pero la única que se conoce en las sociedades capitalistas. Esa noción de libertad, la única compatible con la estructura social del capitalismo, es una acepción muy primitiva, muy superficial de libertad. De hecho, es la significación de libertad correspondiente a la sociedad agraria, patriarcal y de propietarios privados agrícolas, que entienden por libertad el hacer lo que a cada individuo se le antoje o se le ocurra; es la manera feudal de entender la libertad que los escolásticos elevaron a principio metafísico en la forma de libre albedrío: el simple “me da la gana”. La sociedad industrial capitalista se ha ido haciendo cada vez más compleja y, sobre todo, más interdependiente hasta el punto de que la vieja idea de libertad se nos presenta hoy como torpe y completamente injusta, porque no es la libertad que resulta del conocimiento de la necesidad; es decir, del conocimiento de la realidad: primero, de la natural y, después, de lo que es verdaderamente complejo y difícil, la realidad social. ¿Qué libertad puede existir sin conocer los límites de la propia seguridad y de la interdependencia social? La libertad capitalista consiste precisamente en la capacidad de disponer individualmente de la riqueza social alienada en el dinero; la libertad burguesa es la libertad de satisfacer todos los deseos, y aun los caprichos más absurdos, como experimentar los efectos de las drogas, comprar placeres de todo tipo, comprar afecto, amor, etc., viajar, elegir, sobre todo *elegir*; la libertad capitalista es por encima de todo libertad para escoger entre diversos objetos de consumo.²⁴ En las sociedades capitalistas avanzadas, libres -lo que se dice realmente libres para disfrutar de todo y hacer lo que les da la gana- sólo lo son los que tienen dinero, mucho dinero; es más, los muy ricos no sólo son libres en ese sentido sino que tienen el privilegio de disponer de la libertad de otros hombres al contratarlos para ejecutar sus objetivos y propósitos.

²³ La redacción de este punto fue incluida al revisar el texto, en sustitución de esta otra:

«La sociedad capitalista alimenta también la ilusión de que todo individuo, cualquiera que sean sus aptitudes, puede alcanzar los máximos honores y galardones, algo así como aquello de que cualquier ciudadano norteamericano puede llegar a convertirse en presidente de los Estados Unidos. Parece que en los llamados países socialistas, para adquirir fama, hay que realizar esfuerzos extraordinarios en alguno de los campos de la cultura, lo que obliga a pensar que, para ser famoso, hay que estar bien dotado y además dedicar mucho trabajo y atención. En el capitalismo se puede llegar a ser famoso sin ninguna aptitud especial, sin una dedicación constante y total, sin mérito personal relevante: la riqueza suple lo que al individuo le falta; el poseer enriquece al ser; los bienes transmutan, transforman, el ser; nada, o poco menos, importa el ser, sino el poseer.» (N. del ed.).

²⁴ *Food Technology*,

6. Como conclusión: el capitalismo supermaduro domina, fascina y cautiva a las masas:
- a) mediante la oferta inagotable de mercancías hechas necesarias e indispensables a través de una publicidad abrumadora que genera en los individuos ansias irreprimibles de adquirirlas;
 - b) mediante la ilusión, constantemente renovada, de alcanzar las riquezas y placeres por medio del “ingenio”, del engaño, del fraude, del robo (expolio, despojo, atraco, etc.) o de un golpe de suerte; esta ilusión es la que alienta infatigablemente las esperanzas de millones de pequeños propietarios, a toda la pequeña burguesía y a grandes estratos de la clase obrera, de lograr un día la posesión de la riqueza.

Antes de pasar a enumerar los aspectos negativos del capitalismo, es preciso decir unas palabras sobre lo que el capitalismo ofrece y cómo lo ofrece, pues aquí radica la clave que debiera explicar el problema. El capitalismo ofrece mercancías, la más variada gama de cosas -artefactos, aparatos, utensilios, etc.- altamente rentable para las empresas, y amplía el mercado con mercancías nuevas o con sus sucedáneos. Pero el disfrute, el goce, el usufructo de todos esos bienes requiere conocerlos, saber que existen, saber algo de sus propiedades que los hacen tan apetecibles. Muchos bienes exigen una cierta iniciación, una preparación y un marco social donde se refleje la emulación, la competitividad: el gozo, comunicado, crece. Y el ensanchamiento de la escala de objetos de disfrute y su complejidad creciente dan lugar a una situación en la que aparece cada día más acuciante la necesidad de la mejora intelectual como condición del disfrute pleno de los objetos y servicios (un ejemplo: los viajes turísticos a países con una gran riqueza cultural que resultan inútiles sin una preparación previa).

El más ligero examen de la oferta de mercancías y servicios desde la Segunda Guerra Mundial pone de manifiesto cómo dicha oferta se ha ido extendiendo a mercancías y servicios que habían constituido un privilegio de las clases adineradas con anterioridad: el coche, los viajes turísticos, el viajar en avión, el veraneo en la playa o en la montaña, toda la gama de aparatos de alta fidelidad, la televisión en colores, etc., etc. Pues bien, algunos de esos bienes y servicios requieren un cierto nivel intelectual para su pleno disfrute, formación que, como se puede constatar, no la han adquirido los individuos de la pequeña burguesía o de la clase trabajadora, ni en las escuelas primarias que, con mayor o menor frecuencia, han frecuentado en su infancia, ni posteriormente mediante un gran esfuerzo de autodidacta. ¿Quién ha proporcionado, entonces, a esos consumidores la formación cultural mínima necesaria? La respuesta es fácil: la televisión, el cine, la radio, pero sobre todo la primera.

Todas las razones tienden a persuadirnos de que la televisión -en especial, la publicidad- es la que proporciona a las masas los “conocimientos” que necesitan para saber qué tienen que consumir y cómo consumirlo, cómo disfrutar de las cosas, cómo encontrar satisfacción en ellas. En esto radica precisamente la tremenda influencia de la televisión y, por consiguiente, la necesidad de que todos los individuos dispongan de ella, de que esté presente

en todas las familias; y la conveniencia para el capitalismo de que la tengan constantemente encendida. Las mercancías y servicios son el premio (por lo demás, bien pagado) a tantos esfuerzos realizados por los consumidores, trabajadores en fábricas y servicios (ya que antes de comprar han tenido que vender); premio por otro lado bien merecido, pues los beneficiarios consumidores pagan generosamente por saber de él y por ser persuadidos de que debían de adquirirlo y cómo disfrutarlo. Los individuos dedican los mayores esfuerzos y trabajos para adquirir cosas y, a la vez, se someten pasivamente a la sugestiva y vigorosa manipulación publicitaria que les mete las cosas por los ojos y les inicia en el modo de disfrutarlos.

Creación de tensiones y miedos (a la inseguridad y el paro o la quiebra, las drogas, el terrorismo y la guerra atómica) y generalización del amoralismo, el aislamiento del individuo, el embrutecimiento y la crisis, como males sociales del capitalismo

Entre los aspectos negativos más perniciosos del capitalismo que permanecen ocultos bajo el frondoso pelaje de las diversas y variadísimas formas de publicidad y de las “alegrías, entusiasmos y felicidades comerciales” merecen especial mención las siguientes, por su peso e influencia:

- 1) En primer término, hay que colocar la inseguridad, el miedo y una serie larga de tensiones. Las sociedades capitalistas adelantadas disponen de los métodos y procedimientos más refinados y eficaces para crear tensiones, inquietud y angustia en variedad inagotable, hasta el extremo de convertir el miedo en una afición y en una emoción predilecta. La enumeración de algunos de los miedos que más agobian a los hombres en nuestras sociedades industriales adelantadas dará una idea del alcance e intensidad de este fenómeno social:
 - a) El miedo al paro, el instrumento más poderoso para atemorizar, angustiar y dominar a las masas trabajadoras.²⁵ No hace falta insistir en que el paro en las sociedades industriales capitalistas es el hambre, la miseria, la ignominia y hasta el suicidio, para los trabajadores.
 - b) Para los centenares de miles de familias de la pequeña burguesía, el equivalente del paro es la quiebra del pequeño negocio con la pérdida de los esfuerzos denodados de años.
 - c) El miedo a la enfermedad, a la muerte y a dejar a la familia abandonada a la incertidumbre y el hambre, sobre todo si hay niños pequeños.
 - d) La incertidumbre en cuanto a la educación y colocación de los hijos ante las gravísimas dificultades para encontrar trabajo, incluso cuando se han hecho los mayores sacrificios para darles una formación prometedora.

²⁵ En España, precisamente, este mecanismo es particularmente sensible y doloroso porque nos encontramos en una nueva etapa de acción libre e independiente del factor de control y de disciplina de la fuerza de trabajo, que bajo el franquismo estaba confiado a las fuerzas de orden público y ahora lo está a las fuerzas espontáneas del mercado de trabajo, de las que el paro es el instrumento fundamental de sanción.

- e) A la inquietud por la colocación de los hijos hay que añadir el terror a que caigan en manos de traficantes de drogas, de alguna banda criminal -políticocriminal-, de alguna secta destructora de la personalidad en formación.
 - f) El miedo a la muerte, intensificado en los creyentes de diversas Iglesias con las amenazas de gravísimas penas para después de la muerte, las penas eternas del infierno. En el pasado, este mecanismo fue uno de los más potentes para atemorizar a las masas.
 - g) El miedo a la guerra atómica con el que amenazan constantemente los gobiernos de las primeras potencias capitalistas, que se refuerza con publicaciones terroríficas, películas de incursiones extraterrestres y toda clase de espectáculos de terror, con lo que se tiende a enmascarar y a explotar la amenaza real de guerra nuclear.
 - h) La proliferación imparable de la delincuencia bajo dos formas: los atracos a entidades como bancos, joyerías, tiendas, etc.; y los asaltos personales, incluso a niños, para despojar de dinero y algún objeto de valor, ampliamente divulgados por la prensa y explotados por el cine y la televisión.
 - i) Otro tipo de delincuencia, representando por agresiones violentas sin ningún objetivo concreto.
 - j) Muy poderoso es el impacto del terrorismo, tanto de extrema izquierda como de extrema derecha, porque el objetivo de ambos es la acentuar la inquietud y la desconfianza en los poderes públicos en orden a controlar las situaciones y defender a los ciudadanos, así como el miedo a toda acción solidaria y la participación política, engendrando actitudes de huida hacia lo privado.
 - k) El terrorismo, los atracos y los asaltos personales (despojos, violaciones, lesiones, etc.) operan todos en un sentido muy favorable al capitalismo monopolista (que se intenta, además, intensificar por otros medios): aislar a los individuos, impeliéndoles a recluirse en sus hogares para que se entretengan viendo la televisión o disfrutando de los aparatos adquiridos y para que no se dediquen a actividades públicas colectivas y solidarias que estimulan las relaciones interpersonales, siempre propensas a la crítica disolvente.
- 2) Amoralismo, desmoralización y desorganización personal con la oferta insistente y reiterada hasta la exacerbación de bienes y servicios por la publicidad comercial y la invitación sugestiva al goce y al disfrute sin compromisos ni esfuerzo (¡Goce hoy, que ya pagará el año próximo! ¡Veranee, disfrute ahora de unas espléndidas vacaciones en el Cáucaso, etc., que ya pagará en el invierno! ¿Quién no ha visto anuncios de este tipo, que valen lo mismo para un “descapotable rojo”, un televisor o un aparato de alta fidelidad?). La invitación reiterativa y repetida a disfrutar ahora, a gozar de toda clase de bienes y servicios, tiene como objetivo directo inhibir en el individuo cualquier actitud de resistencia, previsión para el futuro, proyectos a realizar, ahorro (¿para qué ahorrar ante la corrosión de la inflación?) y busca, por tanto, los

hábitos de orden y medida que hubiera podido adquirir para convertirlo en un comprador agobiado “en cómodos plazos” o en un delincuente que pretende disfrutar de todo tirando por el atajo de la estafa, el atraco y demás. La potente publicidad desmoraliza y desorganiza porque, al destruir los proyectos de los individuos, éstos tienden unos a confiarse a los golpes de la suerte (en el bingo, las quinielas, la lotería y otras invenciones más sofisticadas) y otros a deslizarse hacia las innumerables formas de delincuencia, desde el “timo de la estampita” al atraco de un banco.

- 3) Aislamiento de los individuos, con destrucción de las relaciones personales que les vinculan con la realidad. Asombra y sorprende el acierto y la eficacia con que operan diversos mecanismos de la sociedad capitalista.²⁶ Todo contribuye a aislar al individuo, a reducirlo a su mera subjetividad, desde los atracos (asaltos, violaciones,...) y el terrorismo, que crean ese miedo a salir de casa, hasta la fragmentación del mercado y la publicidad comercial más refinada, pasando por las sirenas de los coches de la policía (que, curiosamente, en tiempos de Franco no se veían). Y el individuo así aislado y desarraigado es presa fácil para todas las manipulaciones y, en especial, para convertirlo en consumidor domesticado de todo cuanto se le eche. La destrucción del más leve conato de crítica es una consecuencia que se busca con la publicidad, y sólo se puede acabar con la crítica si se aísla al individuo.²⁷
- 4) Incultura y embrutecimiento. No es necesario insistir en que la mecanización y la automatización de la producción tiene como objetivo desplazar mano de obra o facilitar el empleo de mano obra menos calificada. Si añadimos a esto todos los factores que en la sociedad capitalista tienden a desmoralizar y desorganizar las conciencias (la ruptura de relaciones personales, el desarraigo y el aislamiento, todos ellos reforzados, potenciados y sublimados por la cultura de la imagen que aporta la televisión junto con el cine, las revistas ilustradas y los *comics* para adultos), se comprenderá pronto el grado de incultura intelectual que se cierne sobre las masas: el embrutecimiento y mal gusto es el triste patrimonio que el capitalismo supermaduro lega a las masas trabajadoras.
- 5) Por último, la sociedad capitalista ni siquiera podrá seguir ofreciendo a las masas cantidades crecientes de mercancías y servicios en constante innovación. La ilusión de la sociedad de la abundancia se esfumó para siempre porque la expansión de los países capitalistas, la rebelión de las naciones de las antiguas colonias con sus exigencias comerciales más equitativas y las reivindicaciones de los trabajadores de los mismos países capitalistas más poderosos han empujado al capitalismo a una situación de crisis crónica e imposible de superar, pues ha perdido su rasgo más característico y esencial, el que ha dado al capitalismo su

²⁶ Redacción inicial, tachada:

«Aislamiento de los individuos (reclusión en el hogar como lugar seguro), desmoralización y desorganización personal de los mismos como receptores directos y exclusivos de todos los mensajes de los medios de comunicación.» (N. del ed.).

²⁷ Franz Neumann, en su libro *Behemoth*, editado por Fondo de Cultura Económica, decía que el ideal del nazismo era que todos marcháramos juntos, codo a codo, pero cantando para no hablarnos.

extraordinaria capacidad de progreso y expansión: la capacidad de acumulación y del capital, que ha alcanzado sus límites máximos y ya no puede desviar sus sobrantes por el cauce de la expansión. Al capitalismo se le puede aplicar el lema clásico: ¡Crece o muere! Y es que el capitalismo ha entrado en la fase anunciada hace un siglo por Marx, y para los capitalistas llegará un momento en el que, cuando más esfuerzos hagan por mejorar sus beneficios, más socavaran y arruinaran la fuente de todo beneficio.

Algunas conclusiones

Una política transformadora tiene que partir de la situación sociocultural de las masas, con la guía teórica del análisis marxiano de la situación actual y la difusión de sus conclusiones mediante la lectura y en un lenguaje adecuado

El análisis precedente de las condiciones socioculturales y económicas de la clase trabajadora en los países capitalistas más adelantados puede ser tachado, sin duda, de parcial e incompleto. No obstante, todo el ensayo ha estado presidido por un intenso esfuerzo por conseguir entender con la mayor objetividad, si bien algunos aspectos han sido analizados con excesiva amplitud en tanto que otros, no menos importantes, apenas se han apuntado. Por lo demás, toda la atención se ha centrado en descubrir las causas profundas y objetivas de la crisis de la izquierda en general y de los partidos comunistas en particular, dedicando un interés preferente a lo que sucedió (y esta sucediendo) en este país, España.

Las conclusiones que se pueden extraer de este estudio no pueden por menos de ser pesimistas: se tiene la impresión de que el capitalismo ha conquistado las conciencias, las esperanzas y hasta los intereses de las masas trabajadoras, y de que no sólo ha conseguido un formidable éxito en su propósito sino que en los principales países capitalistas ha logrado dominar tan por completo los medios de comunicación para orientar y manipular las conciencias que no deja resquicio alguno por donde se puede “infiltrar” la lucha ideológica e iniciar una contraofensiva dirigida a alertar y a esclarecer las conciencias adormecidas y deformadas de los trabajadores.

En países tales como Estados Unidos, Canadá, Inglaterra y Alemania Federal es prácticamente imposible explicar a los trabajadores hacia dónde va el capitalismo, hasta qué punto está minado y corroído por sus propias contradicciones, lo que pueden esperar de él las masas trabajadoras y el alto precio (en trabajo y en la creciente incultura que requiere la supervivencia del sistema) que tienen que pagar por lo que reciben.

La más terrible amenaza para la humanidad es la inclinación irresistible que ha demostrado el capitalismo a lo largo de la historia a buscar la solución a sus dificultades (crisis de beneficios) en la destrucción y, en especial, en la guerra (conviene recordar que los cortos períodos de mayor florecimiento del capitalismo americano han coincidido con guerras y postguerras). Porque hoy la guerra sólo puede ser guerra nuclear, guerra total. Pues bien, en los países antes citados, barreras infranqueables impiden explicar a las masas cosas tan simples: primero, porque los medios de comunicación de masas (televisión, radio, prensa periódica) están en manos de los grandes monopolios; y,

segundo, porque -como se ha insistido repetidamente a lo largo de este trabajo- esos mismos medios de comunicación de masas en manos del capitalismo las han acostumbrado a un lenguaje tan característico, que refuerza poderosamente la barrera que las aísla de cualquier intento de llegar a ellas para hacerlas conscientes de los gravísimos peligros que se ciernen sobre todos nosotros.

Para evitar suspicacias y reticencias, pero no por olvido, se ha evitado reforzar la crítica de los aspectos gravemente negativos del capitalismo supermaduro comparándolo con el desarrollo de los países socialistas. Esos aspectos negativos son tan tremendamente evidentes y dañinos que ni siquiera se hacía preciso recurrir al contraste con el desenvolvimiento sociocultural y económico de las masas trabajadoras de las naciones en las que se ha afirmado el socialismo como forma alternativa de organización de la sociedad. No obstante, más adelante se hará imprescindible, a la vez que conveniente, romper con esa barrera de prejuicios y enfrentar los dos sistemas sociales para ver mejor cuál está a favor del progreso, de la mejora real de la vida, de la dignidad, de la paz y cuál, a favor de la opresión, de la inseguridad, de la tensión, del embrutecimiento, de la desigualdad y de la muerte.

Con todo, se puede plantear aquí y ahora la cuestión de examinar qué posibilidades quedan todavía, para las fuerzas de la izquierda en general y para los partidos comunistas en particular, para emprender una larga, costosa y dura campaña dirigida a disputar al capitalismo el dominio de las conciencias de las masas trabajadoras a fin de hacerles comprender su situación, de que se opongan al proceso de degradación y creciente incultura en que se hallan inmersas y, sobre todo y por su propio bien, a la gravísima amenaza de guerra nuclear de la que ellas serán las primeras víctimas, pues no son los millones y millones de trabajadores quienes disponen de cómodos y seguros refugios antiatómicos, en el supuesto de que éstos sirvan para algo.

Al menos en los países capitalistas que no se han mencionado antes (y es posible que en algunos de los que se han citado), a los intelectuales, a los artistas y a los partidos de izquierda les espera una ingente tarea. Una doble tarea de creatividad: por una parte, elaborar los contenidos para conseguir el más adecuado esclarecimiento de las conciencias de las masas trabajadoras en relación con sus propias condiciones socioculturales; y, por otra, idear procedimientos, métodos y fórmulas para conseguir hacer llegar a las masas la teoría esclarecedora de su situación.

Plantear como tarea capital la necesidad de elaborar los contenidos teóricos para alertar y esclarecer las conciencias de las masas trabajadoras presupone:

- 1) Que no existe una formulación teórica, una teoría, adecuada a la situación actual: las masas desorientadas por la publicidad capitalista lo evidencian de por sí.
- 2) Que es imposible aprovechar los contenidos teóricos de las ciencias burguesas, debido a que, por su aceptación básica del orden social capitalista, no pueden proporcionar una guía segura para superar ese mismo orden capitalista.

- 3) Que sería una pérdida de tiempo no recurrir a Marx, habida cuenta de que el marxismo encierra el único análisis crítico, hasta ahora insuperado, del capitalismo, y revalorizado por el paso del tiempo al evidenciarse su verdad por el desarrollo de las contradicciones del capitalismo previstas en el siglo XIX por Marx; con la adición de que el orden social y económico de los países socialistas constituye una prueba definitiva de la validez y eficacia de la teoría marxista para superar las contradicciones del capitalismo.
- 4) Que existen dudas razonables de que sea válida la argumentación de quienes entienden que el marxismo hace ya tiempo que ha elaborado una teoría revolucionaria para movilizar a las masas e impulsarlas a levantarse contra el orden social capitalista para liberarse de la explotación (el marxismo-leninismo).
 - a. Porque es inaplicable a las masas trabajadoras de los países capitalistas; los hechos están ahí.
 - b. Porque el marxismo-leninismo tan sólo parece aplicable a unas condiciones económicas y socioculturales determinadas, a aquellas en que las masas trabajadoras poseen conciencia espontánea de clase²⁸ y no están mediatizadas por la publicidad comercial capitalista.
 - c. Porque, al no estar encandiladas por el consumo (el coche, la segunda vivienda, la televisión, etc., etc.) sino más bien siempre al borde de la miseria, una vez alertadas y orientadas por la teoría revolucionaria y encuadradas en los partidos, esas masas trabajadoras eran capaces de todo tipo de sacrificios, aceptaban gustosas y se autoimponían la más férrea disciplina y respondían en todo momento a una moral solidaria de clase. Para ellas era verdad que no tenían que perder más que sus cadenas y todo un mundo que ganar; y ésa es la razón de los increíbles sacrificios llevados a cabo para convertir su país, bajo la dirección del Partido Comunista, en el único país capaz de contener al imperialismo norteamericano.

Por otra parte, en el período de ascenso de las potencias imperialistas, con el acompañamiento de las guerras de rapiña entre las mismas, algunos países aprovecharon esos conflictos para quebrantar el poder de sus burguesías agrarias y su capitalismo incipientes y para avanzar e iniciar las bases del socialismo. Esa guerra entre potencias imperialistas por un nuevo reparto del mundo puede darse hoy por terminada: por un lado, por el creciente poder e influencia de los países socialistas, que obliga a los países capitalistas a ponerse de

²⁸ Hay que insistir en algo que ya se ha dicho: la conciencia espontánea de clase está determinada por dos condiciones: un equipo técnico muy simple, que permite ver al trabajador su contribución directa a la producción (el equipo altamente complejo desorienta al obrero acerca de su contribución y de si contribuye en algo, si no es la máquina la que realiza por sí misma la producción); y una conciencia del trabajador que no esté ofuscada por esperanzas e intereses de consumo que le lleven a identificar todas las expectativas de mejora con aquellos bienes y servicios únicos que puede ofrecerle el capitalismo.

acuerdo para enfrentarse con el “comunismo”; y, por otro, por la incontestable hegemonía de los Estados Unidos y de sus monopolios “multinacionales” sobre los demás estados capitalistas y sobre las clases dominantes de esos mismos países.

Completamente diferente -y no importa repetirlo una vez más- es la situación y la condición de las masas trabajadoras los países capitalistas avanzados; y todo proyecto de intentar alertar, esclarecer y hacerles tomar conciencia de los gravísimos riesgos (angustia, tensiones, paro, incultura y, por encima de todo, la guerra atómica) que les pueden sobrevenir de resultas de las contradicciones en que se encuentra inmerso el capitalismo tiene que contar -tomándola como punto de partida- con la situación de ofuscación y adormecimiento de las masas, con su nivel de comprensión e incluso con su lenguaje. Porque, sólo tomando como base su situación sociocultural real, se puede iniciar esa contraofensiva, siempre que se acierte con el lenguaje adecuado y si, por descontado, se dispone del cauce apropiado para llegar a las masas. De modo que, aun habiendo dado con la formulación teórica correcta y atractiva a la vez que sencilla y profundamente esclarecedora de lo real, todavía quedan dos dificultades que resolver para hacerla operar en la conciencia de las masas: el lenguaje y el cauce idóneos.

De hecho, el objeto casi fundamental de este estudio ha consistido en demostrar que toda la población afectada por los medios de comunicación hoy dominantes encuentra graves dificultades para el pensamiento precisamente por haber reducido su forma de comunicación casi exclusivamente a la comunicación audiovisual, al soporte informativo de la imagen. La lógica de los hechos obliga a concluir que va a ser muy difícil, si no imposible, elaborar la formulación teórica citada sin recurrir a un pensamiento con un elevado grado de abstracción, que la hace difícilmente asimilable para los consumidores habituales de la comunicación audiovisual. Parece seguro que no existe otro cauce para divulgar tal formulación teórica que la letra impresa, tanto por la forma de expresión, la prosa científica, como por la de asimilación, al ser sólo comprensible mediante la lectura. Es decir: no hay más cauce para llevar los contenidos teóricos mencionados que los libros, las revistas, los periódicos y, en menor grado, la radio. Si se impone esta vía como la única posible se hará indispensable convencer a las masas trabajadoras de que renueven y actualicen sus hábitos de lectura; sin leer resultará imposible la comprensión de la propia situación y las condiciones socioculturales de las masas trabajadoras.

Ahora bien, ¿cómo convencer a las masas -que son la mayoría de la población- de que deben adquirir el hábito de leer y de que lean sin disponer de los medios actuales de comunicación, la televisión y la radio, al ser hoy inimaginable que la izquierda llegue a controlarlos? Aquí se plantea un reto que pondrá a prueba la capacidad creadora de los intelectuales y artistas de la izquierda, que tanto hablan de escribir para el pueblo, de comunicarse con las masas.

Aunque es muy arriesgado proponer soluciones para programar una campaña dirigida a “concienciar” a las masas acerca del creciente deterioro de su condición sociocultural y del tremendo riesgo de una guerra nuclear (como consecuencia de las contradicciones de día a día más difícilmente superables del capitalismo), sería conveniente estudiar un orden de prelación para

progresar desde los sectores de trabajadores con mayor facilidad para tomar conciencia de su situación hacia aquellos más domesticados y adormecidos por salarios y gratificaciones elevados, y por tanto más entregados al sistema establecido, así como hacia la pequeña burguesía, al demostrar la irrealidad de sus sueños acerca de la posibilidad de llegar a ser capitalista explicándole la durísima resistencia que oponen las grandes empresas a dejar entrar nuevos intrusos en el mercado. Habría que aprovechar prácticas existentes para desencadenar esa campaña de toma de conciencia, sobre todo empezando por los sectores obreros más comprometidos.

En nuestro país, una primera vía pudieran constituir las asambleas de fábrica, aprovechándolas para incitar a los trabajadores a leer todos los documentos sobre sus propias condiciones de trabajo que lleguen a sus manos, como punto de partida para más tarde sugerirles la lectura de otros documentos de tipo más general, más políticos.²⁹

De modo simultáneo, si no ya previo, los partidos de izquierda y ante todo los comunistas debieran tomar en serio el lanzamiento de una campaña de lectura como vía de acceso única y necesaria para adquirir información seria y confiable sobre la propia situación y sobre el futuro de cada uno y de sus familias. Pedir a la gente que lea parece una recomendación absurda; y sin duda una campaña con ese fin carezca de pleno sentido en países como Francia, Italia, posiblemente en el Japón, etc., pero en nuestro país es absolutamente necesaria, tras casi dos generaciones de sentirse forzados a rechazar con desprecio la prensa y toda clase de publicaciones producidas durante la época franquista. Puede resultar banal que viejos partidos de países cultos y adelantados (o que se creen tales) con arraigo en las masas populares se dirijan a los trabajadores para persuadirles de que sin un gran esfuerzo de autoeducación será imposible contrarrestar el deterioro de las relaciones socioculturales y el irremediable descenso hacia la incultura y el embrutecimiento. Es preciso convencerles de que sin un esfuerzo constante de toma de conciencia -que es imposible sin un esfuerzo persistente de lectura- es imposible establecer una sociedad que proporcione medios materiales

²⁹ Claro que una campaña a favor de la lectura en nuestro país implica tener algo que ofrecer para la lectura, pues no se puede continuar recomendándoles a los trabajadores que lean a los clásicos. No, no se puede caer, como se ha hecho en el pasado, en el expediente rutinario de entregar a los adheridos al partido la historia del partido bolchevique y folletos de Lenin y Stalin. Recuérdense al respecto la dura crítica de Lenin al estudio de los marxistas occidentales (sobre las condiciones socioeconómicas de sus países) para formarse políticamente a los militantes socialistas rusos. Para empezar, hay que incitar a los trabajadores españoles a estudiar (a leer) escritos dedicados a analizar los problemas y las dificultades internas de nuestro país. Y, para que eso sea posible, hay que estimular a los intelectuales de izquierda y, en especial, a los marxistas a que elaboren y redacten estudios sobre la situación de nuestro país en sus diferentes aspectos. Es muy lamentable que a estas alturas no existan estudios serios y rigurosos sobre el desarrollo histórico de nuestra sociedad. No existe una historia de España elaborada con un método rigurosamente científico materialista. No tenemos ninguna investigación seria del grave fenómeno del estancamiento económico del último tercio del siglo XIX y el primero del XX que condujo a la Guerra Civil y al increíble período de la autarquía, del estraperlismo y de los rosarios de la aurora. Es preciso estimular a nuestros intelectuales a que analicen y escudriñen nuestra realidad social y la presenten a los lectores para que tomen conciencia de sí mismos y sepan cómo el presente no es un producto mágico sino que viene de un pasado que tenemos que asumir como colectividad, por mucho que nos disguste. Pero a nuestros intelectuales tenemos que asegurarles que sus estudios serios serán bien acogidos y pasarán a formar parte de las conciencias de los trabajadores, para lo cual hay que pedirles a éstos que lean, que estudien. Conviene no olvidar aquella recomendación que Augusto Bebel hacía a los marxistas: las tareas urgentes para los trabajadores marxistas son estudiar y organizar.

(mercancías) y servicios indispensables para la mejor calidad de vida, formación cultural para disfrutarlos de modo consciente y seguridad frente a todos los azares de la existencia.

Queda, por último, un argumento de bastante peso pero que puede confirmar que las anteriores recomendaciones y propuestas no son puras utopías (o arbitrios), irrealizables; y es el hecho de que en los países socialistas (y en particular, en la RDA, URSS., etc.) los trabajadores están a punto de disfrutar de aquellas cosas que contribuyen a mejorar la calidad de vida (en cantidades muy aproximadas ya a aquellas de que pueden disponer hoy los trabajadores de los países capitalistas más adelantados), gozan de mejores servicios y de una formación intelectual, cultural y artística gratuita mucho más racional y elevada, y sobre todo tienen el sentimiento de vivir en seguridad: desconocen el miedo al paro, al hambre, a la miseria, a caer en la indignidad, etc., etc.; y están consiguiendo todo eso a pesar de los continuados esfuerzos de la “más poderosa potencia de la Tierra” para distorsionar y frenar su desarrollo económico con la amenaza constante de la guerra atómica, precisamente porque representan soluciones alternativas más racionales que las que ofrece el capitalismo industrial avanzado.³⁰

³⁰ A mano. La redacción inicial –mecanoescrita- es esta otra:

«Conclusiones

La tarea fundamental de los partidos comunistas es recuperar su influencia sobre las masas trabajadoras y despertar su interés. A fin de influir sobre sus concepciones del mundo y de la realidad socio-política es necesaria una táctica, pero sobre todo una estrategia. Por encima de todo hay que saber qué es y a dónde va la sociedad capitalista en que estamos inmersos. Hay que conocer a fondo su estructura, su organización, su *fisiología*, sus fuentes de vida, así como sus mecanismos de dominio en todos los niveles, desde el militar y policiaco hasta el más sutil y refinado, que es la incrustación en las mismas conciencias, pasando por el religioso.

Hay que tener muy claro que las ciencias burguesas (economía, sociología, psicología, marketing, teoría de la comunicación, etc.) están condicionadas y orientadas por un objetivo capital, absolutamente determinante: dominar los intereses de las masas y, por tanto, su inteligencia y su afectividad (sobre todo ésta) para hacerles consumir lo que interesa a las grandes empresas monopolistas. Las llamadas ciencias sociales son el resultado de los reiterados esfuerzos para dominar -desde dentro- las conciencias de las masas en dos sentidos muy claros: 1º) mantenerlas sumidas, aun en las condiciones más onerosas de explotación, al más bajo coste; y 2º) entretenerlas y mantenerlas agradecidas arrojándoles productos gratificantes para que la felicidad de consumir las obligue a intensificar la sumisión y sus esfuerzos para producir más, a fin de ganar más para consumir más y más. Un análisis riguroso para entender la sociedad capitalista es imposible -absolutamente imposible- mediante el empleo y la aplicación de “las ciencias sociales burguesas”, que están condicionadas desde la médula por intereses y propósitos del capitalismo.

Es indispensable aplicar un análisis -una ciencia- que vaya más allá del capitalismo porque lo considere una etapa histórica que hay que superar, porque se ha conseguido entender su origen, su desarrollo, su evolución y su decadencia; esto es, su superación al ser sustituido por otra ordenación social: la sociedad socialista; y parece que hasta ahora el único teórico que ha entendido la sociedad capitalista y que ha hecho un análisis insuperable de la misma ha sido Marx.

Por tanto, hay que volver a Marx en busca de una guía segura y eficaz para elaborar una teoría que nos permita:

- 1) Entender la sociedad capitalista -sobre todo, las fases de su desarrollo- y saber con alto grado de certeza en qué etapa se encuentra, a dónde va y qué puede ofrecer a las masas;
- 2) Disponer de un fundamento científico, seguro y eficaz, para superar el capitalismo sólo y exclusivamente en sus aspectos negativos; esto es, sin renunciar a ninguno de sus logros beneficiosos para las masas trabajadoras: en otras palabras, sin renunciar al *bienestar real* y objetivo de las masas trabajadoras;
- 3) Analizar -para hacer comprender y explicar- qué hallazgos, logros y conquistas del capitalismo son valiosos (contribuyen al bienestar y a la mejora real de las condiciones de vida, a la mejora de la personalidad) y qué logros, mercancías y servicios no sólo no contribuyen a mejorar la vida

sino que la degradan y, o son superfluos y constituyen *meras exigencias* de las empresas capitalistas para sobrevivir, o son elementos representativos y demostrativos del prestigio social y de preponderancia y rivalidad individual como mecanismos de autoafirmación.» (N. del ed.).

- 4) Este análisis, fundamental y necesario, tiene que constituir la base intelectual y la guía teórica para despertar el interés de los trabajadores por conocer su situación y los factores que la condicionan, explicarles con rigor qué les está dando el capitalismo ahora y a qué precio (explotación, embrutecimiento, angustia, tensión...) y qué podrá darles en el futuro, mediante una exposición teórica de los límites que no puede superar el sistema de producción capitalista. Hay que demostrarles que el socialismo -a pesar de todo lo que se diga en contrario- no significa una reducción del bienestar individual sino mayor bienestar, *seguridad* y liberación de todas las opresiones, materiales y espirituales.

El conjunto de estas tareas implica una convicción teórica y moral de que el capitalismo ha llegado a la etapa prevista por Marx en la que los capitalistas al luchar por mejorar su beneficio socavan la fuente misma de todo beneficio. Antes que nada hay que convencerse de una tremenda y dura verdad: que el capitalismo no puede dar más de lo que ha dado, que ha llegado a su límite.» (N. del ed.).